

Daimon

Jennifer L.

Armentrout

AUTORA BEST-SELLER DE USA TODAY Y NEW YORK TIMES





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Durante tres años, Alexandria ha vivido entre mortales, intentando ser como ellos y tratando de olvidar la misión que debía cumplir por ser hija de un mortal y un semidios. Con diecisiete años ha aceptado ya que es algo fuera de lo común para los estándares mortales... y que nunca estará preparada para su misión.

Según su madre, es algo bueno.

Pero como cada descendiente de los dioses sabe, el Destino no es algo de lo que te puedas librar. Un ataque horrible fuerza a Álex a volar a Miami para intentar encontrar la forma de volver al lugar que su madre avisó de que nunca debía volver: el Covenant.

Cada paso que la acerca a la seguridad es un paso más hacia la muerte... porque la persiguen aquellas criaturas a las que fue entrenada para matar.

Los daimons la han encontrado.

La precuela de «Mestiza», una puesta en situación que te revelará el porqué de la huida.



Jennifer L. Armentrout

Daimon

Saga Covenant - 0.5

Antes

Capítulo 1

Oía a naftalina y a muerte.

Estaba ante mí, la anciana Matriarca Hematoi tenía aspecto de haberse arrastrado fuera de la tumba en la que llevaría guardada unos cuantos cientos de años. Su piel era fina y estaba arrugada como un viejo pergamino. Cada vez que respiraba podría haber jurado que parecía que iba a ser la última. Nunca había visto a nadie tan mayor, pero claro, yo solo tenía siete años y hasta el repartidor de pizzas me parecía viejo.

A mi espalda, la multitud murmuraba su rechazo; olvidé que una simple mestiza como yo no debía mirar a una Matriarca a los ojos. Como eran descendientes pura sangre de semidioses, los Hematoi tenían un ego enorme.

Miré a mi madre, que estaba a mi lado, sobre el estrado. Ella era una Hematoi, pero no era como ellos. Sus ojos verdes me lanzaron una mirada que suplicaba mi cooperación, que no fuese la chica incorregible y desobediente que ella conocía.

No sabía por qué estaba tan asustada; era yo la que estaba frente al guardián de la cripta. Y si sobrevivía a aquel paripé llamado tradición sin tener que llevarle el orinal a la arpia el resto de mi vida, sería todo un milagro digno de los dioses que, supuestamente, estaban observándonos.

—¿Alexandria Andros? —la voz de la Matriarca sonó como el papel de lija sobre una madera rugosa. Chasquéo la lengua—. Es demasiado pequeña. Sus brazos son tan delgados como los brotes nuevos de las ramas de olivo —se inclinó para estudiarme más de cerca, tanto que esperaba que cayese sobre mí—. Y sus ojos, tienen un color sucio, nada extraordinario. Casi no hay sangre Hematoi en ella. Es más mortal que cualquiera de los que hemos visto hoy.

Los ojos de la Matriarca tenían el mismo color que el cielo antes de una tormenta violenta. Era una mezcla entre morado y azul, signo de su herencia. Todos los Hematoi tenían un color de ojos increíble. La mayoría de los mestizos también, pero por alguna razón, cuando nací debí perderme el día en el que repartían los colores de ojos especiales.

Su discurso se extendió durante lo que me pareció una eternidad, lo único en

lo que podía pensar era en tomar helado y quizá en echarme una siesta. Los otros Miembros se acercaron a examinarme, susurrando entre ellos mientras me rodeaban. Yo seguía mirando a mi madre de vez en cuando, su forma de sonreír me tranquilizaba y me hacía saber que todo aquello era algo normal y que lo estaba haciendo bien, realmente bien.

Hasta que la vieja comenzó a pellizcarme por toda mi piel expuesta y más allá. Siempre me ha molestado que me toquen. Si yo no tocaba a alguien, no tenía por qué tocarme a mí. Parecía que la abuela lo pasó por alto.

Estiró el brazo y, con sus dedos huesudos, me pellizcó la tripa a través del vestido.

—No tiene carne. ¿Cómo se supone que va a luchar y defendernos? No merece entrenarse en el Covenant y servir junto a los hijos de los dioses.

Nunca había visto un dios, pero mi madre me dijo que estaban siempre entre nosotros, observando. Tampoco había visto nunca un pegaso o una quimera, pero ella juraba que existían. Incluso con siete años ya me costaba creerme sus historias; forzaron mi incipiente fe a aceptar que los dioses aún se preocupaban por el mundo que tan laboriosamente habían poblado con sus hijos, de una forma que solo ellos podían.

—No es más que una pequeña y patética mestiza —continuó la vieja—. Yo digo que la mandemos a los Maestros. Necesito una chiquilla que limpie mis retretes.

Entonces retorció sus dedos cruelmente.

¿Y qué hice yo? Le pegué una patada en la espinilla.

Nunca olvidaré la mirada de mi madre, entre terror y pánico absoluto, preparada para correr y sacarme de allí. Hubo unas cuantas exclamaciones de indignación, pero también bastantes risitas.

—Tiene fuego —dijo uno de los Patriarcas. Otro dio un paso adelante.

—Será un buen Guardia, quizá incluso un Centinela.

Aún hoy sigo sin entender cómo probé mi valía dándole una patada en la pierna a la Matriarca. Pero lo hice. No es que signifique nada ahora que ya tengo diecisiete años y llevo lejos del mundo Hematoi los últimos tres. Incluso en el mundo normal no he parado de hacer estupideces.

De hecho, tenía tendencia a hacer cosas estúpidas de forma aleatoria. Siempre lo consideré uno de mis talentos.

—Lo estás haciendo otra vez, Álex —la mano de Matt apretó la mía.

Pestañee despacio, enfocando su cara.

—¿Hacer qué?

—Se te nota en la cara —me acercó hacia su pecho, pasándome un brazo alrededor de la cintura—. Es como si estuvieses pensando en algo realmente profundo. Como si tu cabeza estuviese a miles de kilómetros de aquí, en algún lugar más allá de las nubes, en otro planeta o algo.

Matt Richardson quería apuntarse a Greenpeace y salvar unas cuantas ballenas. Era el típico *chico de al lado* que había renunciado a comer carne roja. Me daba igual. Era mi intento de mezclarme con los mortales y me había convencido para salir un poco e ir a una hoguera en la playa con un puñado de gente que apenas conocía.

Tenía mal gusto para los chicos.

Antes de él, me había pillado por un empollón que escribía poemas en las contraportadas de sus libros del colegio y se retocaba el pelo, teñido negro azabache, de tal forma que le tapaba sus ojos color avellana. Me escribió una canción. Me reí, y la relación acabó incluso antes de empezar. El año anterior, seguramente, fue el más vergonzoso. Capitán del equipo de fútbol, rubio oxigenado y ojos azules como el cielo. Pasaron meses y apenas intercambiamos un «hey» o «¿me dejas un lápiz?» antes de acabar conociéndonos en una fiesta. Hablamos. Me besó y me sobó las tetas, olía a cerveza barata. Le pegué un puñetazo y le rompí la mandíbula. Mi madre hizo que nos mudásemos a otra ciudad después de aquello y me dio una charla sobre dejar de pegar con todas mis fuerzas, recordándome que una chica normal no podía dar unos puñetazos así.

A las chicas normales tampoco les gusta que les soben las tetas y, seguramente, si pudiesen pegar tan fuerte como yo, lo harían.

Sonreí a Matt.

—No estoy pensando en nada.

—¿Que no piensas en nada? —Matt bajó la cabeza. Me hizo cosquillas en la mejilla con las puntas de su pelo rubio. Gracias a los dioses se le había pasado la fase de «intentar hacerse rastas» —. ¿No está pasando nada por esa hermosa cabecita tuya?

Sí que me pasaba algo por la cabeza, pero no era lo que Matt esperaba.

Mientras miraba fijamente sus ojos verdes, pensé en el primer chico por el que me pillé —el chico mayor, prohibido, con los ojos del color de las nubes en plena tormenta— aquel estaba tan fuera de mi alcance, que incluso podríamos haber sido de especies distintas.

Supongo que, técnicamente, lo éramos.

Aún hoy, me gustaría darme una patada en la cara por ello. Yo era como un personaje de una novela romántica, pensaba que el amor lo podía todo y toda esa basura. Seguro. El amor en mi mundo solía acabar con alguien escuchando «¡Yo te castigo!» mientras le caía una maldición que lo hacía convertirse en una estúpida flor para el resto de su vida.

Los dioses y sus hijos podían ser así de mezquinos.

A veces me pregunto si mi madre se dio cuenta de mi incipiente obsesión por el chico pura sangre y si fue ese el motivo por el que sacó mi culo del único mundo que conocía, el único mundo al que realmente pertenecía.

Los puros estaban fuera del alcance para mestizos como yo.

—¿Álex? —Matt rozó mi mejilla con sus labios, acercándose lentamente hacia los míos.

—Bueno, quizá en algo —me levanté sobre la punta de los pies y rodeé su cuello con mis brazos—. A ver si adivinas en qué estoy pensando ahora.

—En que desearías no haberte dejado los zapatos allí atrás en la hoguera, porque yo sí. La arena está muy fría. Vaya mierda de calentamiento global.

—No es lo que tenía en mente.

Bajó las cejas.

—No estarás pensando en la clase de Historia, ¿no? Sería patético, Álex.

Me moví fuera de su alcance, suspirando.

—No importa, Matt.

Riendo, me alcanzó y volvió a rodearme con sus brazos.

—Solo bromeaba.

Dudé, pero dejé que posase sus labios sobre los míos. Su boca estaba caliente y seca, era lo máximo que una chica podía esperar de un chico de diecisiete años. Pero para ser justos, Matt era bastante bueno besando. Sus labios se movían lentamente contra los míos y, cuando los apartó, no le di un puñetazo en el estómago ni nada por el estilo. Le devolví el beso.

Las manos de Matt bajaron hasta mis caderas y me echó con cuidado en la arena, sujetándome solo con un brazo mientras se aproximaba a mí y dejaba una estela de besos por mi barbilla, bajando por la garganta. Miré hacia el cielo oscuro, salpicado de estrellas brillantes y unas pocas nubes. Una noche bonita —una noche normal, de hecho—. Había algo romántico en todo aquello, en el modo en que acariciaba mi mejilla cuando su boca volvía a la mía y susurraba mi nombre como si yo fuese una especie de misterio que nunca podría resolver. Me sentí cálida y arropada, no en plan arráncame-la-ropa-y-házmelo, pero no estaba mal. Podría acostumbrarme. Especialmente cuando cerraba los ojos y me imaginaba los ojos de Matt volviéndose grises y su pelo mucho, mucho más oscuro.

Entonces, deslizó la mano bajo la falda de mi vestido.

Mis ojos se abrieron de golpe y rápidamente bajé la mano, sacando la suya de entre mis piernas.

—¡Matt!

—¿Qué pasa? —Levantó la cabeza, con sus ojos de color verde sucio—. ¿Por qué me has parado?

¿Que por qué le había parado? De repente me sentí como Doña Princesa Castidad, guardando su virginidad ante chicos rebeldes. ¿Por qué? La respuesta de hecho me vino rápidamente. No quería entregar mi *tarjeta-V* en una playa, con la arena entrándome por sitios insospechados. Ya tenía las piernas como si me las hubiesen exfoliado.

Pero era más que eso. Realmente no estaba allí en aquel momento con Matt, no cuando estaba imaginándolo con ojos grises y pelo oscuro, deseando que fuese otra persona.

Alguien a quien nunca volvería a ver... y a quien nunca podría tener.

Capítulo 2

—¿Álex? —Matt me acarició el cuello con la nariz—. ¿Qué pasa?

Usando un poco de mi auténtica fuerza, lo aparté de mí y me levanté. Me recolocé la parte superior del vestido, agradeciendo la oscuridad.

—Lo siento, pero ahora no me apetece.

Matt continuó tirado en el suelo, a mi lado, mirando hacia el cielo como lo había hecho yo poco antes.

—¿He... He hecho algo mal?

Mi estómago se retorció y no me sentí muy bien. Matt era un chico muy majo. Me volví hacia él, cogiéndole de la mano. Entrelacé mis dedos con los suyos, como le gustaba.

—No. Para nada.

Soltó la mano y se frotó la frente.

—Siempre haces lo mismo.

Arrugué la frente. ¿En serio?

—No es solo eso —Matt se incorporó, poniendo sus largos brazos sobre las rodillas—. Siento como si no te conociese, Álex. No sé, como si no supiese realmente quién eres. Y llevamos saliendo, ¿cuánto tiempo?

—Unos cuantos meses —esperé no equivocarme. Luego me sentí como una idiota por haberlo dicho al azar. Dioses, me estaba volviendo una persona horrible.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios.

—Tú lo sabes todo sobre mí. Cuantos años tenía cuando entré en una discoteca por primera vez. A qué universidad quiero ir. Qué comida odio y cómo no soporto las bebidas con gas. La primera vez que me rompí un hueso...

—Cayendo del monopatín —me sentí bien por haberlo recordado.

Matt rio suavemente.

—Sí, exacto. Pero yo no sé nada sobre ti.

Le di un golpecito con el hombro.

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es —me miró, mientras su sonrisa iba desapareciendo—. Nunca

hablas de ti misma.

Vale, tenía parte de razón, pero no es que pudiese contarle nada. Ya me veía. «¿Sabes qué? ¿Has visto Furia de Titanes o has leído mitos griegos? Bien, pues esos dioses son reales y sí, yo soy una especie de descendiente suya. Algo así como una hijastra que nadie quiere reclamar. Oh, y nunca había estado entre mortales hasta hace tres años. ¿Podemos seguir siendo amigos?» .

Aquello no iba a ocurrir.

Así que me encogí de hombros y dije:

—Realmente es que no hay nada que contar. Soy bastante aburrida.

Matt suspiró.

—Ni siquiera sé de dónde eres.

—Me mudé aquí desde Texas. Ya te lo he contado —mechones de pelo se escapaban de mi mano, volando ante mi cara y por su hombro. Necesitaba un corte de pelo—. No es un secreto.

—¿Pero naciste allí?

Miré hacia otro lado, observando el océano. El mar estaba tan oscuro que parecía morado, se veía poco amistoso. Aparté la mirada y me quedé observando la costa. Dos figuras se acercaban caminando, claramente masculinas.

—No —dije finalmente.

—¿Entonces, dónde naciste?

Intentaba evitar la incomodidad que me estaba causando la conversación fijándome en los chicos de la costa, se agacharon mientras se levantaba el viento, lanzándoles un brillo fino de agua fría. Se acercaba una tormenta.

—¿Álex? —Matt se puso en pie, sacudiendo la cabeza—. ¿Ves? Ni siquiera puedes decirme dónde naciste. ¿Qué pasa?

Mi madre pensaba que cuanto menos gente supiese sobre nosotros, mejor. Era increíblemente paranoica, pensaba que si alguien sabía demasiado, el Covenant nos encontraría. ¿Tan malo sería? En cierta manera quería que nos encontrasen, para acabar con aquella locura.

Cada vez más frustrado, Matt se pasó los dedos por el pelo.

—Creo que voy a volver con el grupo.

Le vi darse la vuelta antes de levantarme.

—Espera.

Se dio la vuelta, levantando las cejas.

Respiré profundamente un par de veces.

—Nací en una estúpida isla de la que nadie ha oído hablar nunca. Más allá de la costa de Carolina del Norte.

La sorpresa se reflejó en su cara y dio un paso hacia mí.

—¿Qué isla?

—En serio, no habrás oído hablar de ella —crucé los brazos sobre el pecho

mientras se me ponía toda la piel de gallina—. Está cerca de Bald Head Island.

En su cara se creó una amplia sonrisa y sabía que estarían apareciendo unas pequeñas arrugas en sus ojos, como cuando algo le hacía realmente feliz.

—¿Tan difícil era?

—Sí —hice una mueca y sonreí, porque Matt tenía ese tipo de sonrisas que son contagiosas, una sonrisa que me recordaba a la de mi mejor amigo, al que no había visto en años. Quizá por eso me acerqué a Matt. Mi propia sonrisa comenzó a desvanecerse cuando me pregunté qué estaría haciendo ahora mi antiguo compañero de fatigas.

Matt puso sus manos sobre mis brazos, descruzándolos lentamente.

—¿Quieres volver? —señaló con la cabeza hacia la playa, al grupo de chicos reunidos alrededor del fuego—. ¿O nos quedamos aquí...?

Dejó la oferta abierta, pero sabía a qué se refería. Quedarnos allí y besarnos un poco más, olvidar un poco más. No parecía mala idea. Me quedé a su lado. Al mirar por encima de su hombro, volví a fijarme en los dos tíos. Estaban casi a nuestro lado; suspiré en cuanto los reconocí.

—Tenemos compañía —di un paso atrás.

Matt giró un poco la cabeza y miro hacia los dos tíos.

—Genial. Son *Ren* y *Stimpy*.

Me reí por la acertada descripción. En las pocas veces que realmente coincidí con el horrible dúo, me negué a aprenderme sus verdaderos nombres. Ren era alto y desgarrado, su pelo, marrón oscuro, lo llevaba tan lleno de gomina que podría ser considerado arma peligrosa en muchos estados. Stimpy era el más bajito y gordo de los dos, con la cabeza afeitada y la complexión de una locomotora. Los dos eran conocidos por causar problemas allá donde fuesen, especialmente Stimpy y su cuestionable programa de levantamiento de pesas. Tenían dos años más que nosotros y habían terminado en el instituto de Matt antes de que yo pusiese un pie en Florida. Pero aún salían con los más jóvenes, seguramente para echarles un ojo a las jóvenes e impresionables chicas. Circulaban bastantes rumores negativos sobre aquellos dos.

Incluso bajo la tenue luz de la luna, se veía que su piel tenía un sano color anaranjado. Sus gigantescas sonrisas eran escandalosamente blancas. El más bajo susurró algo y se chocaron los puños.

Como era de esperar, no me gustaban.

—¡Hey! —gritó Ren mientras bajaba su fanfarronería—. ¿Qué pasa Matt?

Matt hundió sus manos en los bolsillos de sus pantalones cortos.

—No mucho, ¿tú que tal?

Ren miró a Stimpy y, luego, de nuevo a Matt. El polo rosa fosforito de Ren, al menos tres tallas pequeño, parecía pintado en su cuerpo huesudo.

—Pasando el rato. Luego nos vamos hacia las discotecas —Ren me miró por primera vez, paseando sus ojos por mi vestido y mis piernas.

Me entró una pequeña arcada.

—Te he visto por aquí unas cuantas veces —dijo Ren inclinando la cabeza a un lado y a otro. Me pregunté si sería algún tipo de extraña danza de apareamiento—. ¿Cómo te llamas, cariño?

—Se llama Álex —respondió Stimpy.

—Es nombre de tío.

Contuve un gruñido.

—Mi madre quería un niño.

Ren me miró confuso.

—Es el diminutivo de Alexandria —explicó Matt—. Lo que pasa es que le gusta que la llamen Álex.

Sonreí a Matt, pero tenía la mirada fija en los dos tipos. Ví como tensaba la mandíbula.

—Gracias por la aclaración, tío —Stimpy cruzó sus enormes brazos, mirando a Matt de arriba a abajo.

Viendo la mirada de Stimpy, me acerqué más a Matt.

Ren, aún mirándome las piernas, hizo un ruido que era una mezcla entre quejido y lamento.

—Joder, tía, ¿tu padre es un ladrón?

—¿Qué? —La verdad es que nunca llegué a conocer a mi padre. Quizá lo fuese. Lo único que sabía es que era mortal. Por suerte no se parecería en nada a aquellos capullos.

Aunque no tenía, Ren hizo como que sacaba músculo, sonriendo.

—Bueno, y entonces, ¿quién robó esos diamantes y los puso en tus ojos?

—Wow —pestañeé y me giré hacia Matt—. ¿Por qué nunca me dices cosas tan románticas? Estoy dolida.

Matt no sonrió como yo esperaba. Su mirada continuaba yendo de uno a otro, y pude ver cómo había cerrado los puños dentro de los bolsillos. Había algo en sus ojos y en la forma en que sus labios dibujaban una fina línea en su cara. La diversión se desvaneció en un instante. Estaba... ¿asustado?

Cogí a Matt del brazo.

—Venga, volvamos.

—Esperad —Stimpy agarró a Matt del hombro con la fuerza suficiente para hacer que se tambalease un poco hacia atrás—. Es de mala educación que salgáis huyendo sin más.

Una corriente de aire caliente subió por mi espalda y recorrió toda mi piel.

Mis músculos se tensaron.

—No le toques —avisé en voz baja.

No me sorprendió que Stimpy bajara la mano; me miró fijamente. Entonces sonrió.

—Es peleona.

—Álex —dijo Matt entre dientes, mirándome con los ojos bien abiertos—. Está bien. No te preocupes.

Aún no me había visto preocuparme.

—La actitud debe venir con el nombre —Ren rio.

—¿Por qué no nos vamos de fiesta? Conozco a un portero del Zero que nos puede colar. Podemos pasárnoslo bien —entonces fue a agarrarme.

Puede que Ren lo hiciese de broma, pero fue un mal gesto. Todavía tenía ciertos problemas con que me tocasen sin yo quererlo. Lo agarré del brazo.

—¿Tu madre es barrendera? —le pregunté inocente.

—¿Qué? —dijo Ren con la boca abierta.

—Porque una cara como la tuya está hecha para barrer el suelo —le retorcí el brazo hacia atrás. Ví como su cara reflejaba sorpresa. Hubo un segundo en que nuestras miradas se cruzaron y supe que él no tenía ni idea de cómo obtuve el control tan rápidamente.

Habían pasado tres años desde la última vez en que me peleé de verdad con alguien, pero se despertaron mis músculos en desuso y mi cerebro se desconectó. Me agaché bajo el brazo que le sujetaba, acercándolo a mí mientras enganchaba su rodilla con el pie.

En un segundo, Ren se comía la arena.

Capítulo 3

Viendo al chico tirado en la arena, me di cuenta de que echaba de menos pelear, especialmente el subidón de adrenalina y aquella sensación de «Maldita sea, soy genial» que venía tras derribar a alguien. Pero, de nuevo, pelear con mortales no tenía ni punto de comparación con pelear con los míos o contra las cosas que mi entrenamiento me preparaba para matar. Aquello no me supuso esfuerzo alguno. Si él hubiese sido también mestizo, quizá hubiese sido yo la pringada con la boca llena de arena.

—Dios mío —susurró Matt dando un salto atrás.

Miré hacia arriba, esperando ver en él una mirada de asombro y sorpresa. Quizá incluso una señal de aprobación con el pulgar. Nada, no obtuve nada. En el Covenant me hubiesen aplaudido. Pero olvidaba que ya no estaba en el Covenant.

La mirada asombrada de Stimpny fue de su amigo a mí y rápidamente se transformó en una mirada furiosa.

—¿Te comportas como un hombre? Más te vale que aguantes como un hombre, zorra.

—Oh —sonreí mientras me situaba frente él—. Que empiece la partida.

Con la ventaja de su corpulencia, Stimpny se abalanzó contra mí. Pero no lo habían entrenado para pelear desde los siete años y no tenía mi fuerza y ni mi velocidad, literalmente divinas. Lanzó su gordo puño hacia mi cara y me giré, levantando la pierna y estampándole mi pie descalzo en el estómago. Stimpny se dobló sobre sí mismo, mientras lanzaba las manos intentando agarrarme los brazos. Di un paso hacia él, agarrándole yo los brazos y echándole hacia abajo mientras levantaba la pierna. Su mandíbula rebotó en mi rodilla y le solté, viendo como caía en la arena con un gemido.

Ren se incorporó, escupiendo sangre. Se balanceó e intentó darme un puñetazo. Estaba bastante lejos y podría haberlo esquivado fácilmente. Diablos, podría haberme quedado quieta y ni siquiera me habría rozado, pero estaba en racha.

Le agarré el puño, deslizando mi mano sobre su brazo.

—No está bien pegarle a una chica —me di la vuelta usando su peso para

desestabilizarlo.

Salió por encima de mi hombro, dando de nuevo con la cara en la arena.

Stimpy se levantó y se tambaleó hacia su amigo tumbado.

—Vamos tío. Levántate.

—¿Necesitas ayuda? —me ofrecí con una sonrisa dulce.

Los dos chavales huyeron por la playa, mirando atrás por encima del hombro como si esperasen que les fuese a saltar sobre la espalda. Les miré hasta que desaparecieron por la cala, sonriéndome a mí misma.

Me di la vuelta hacia Matt, con el viento moviéndome el pelo. Me sentí viva por primera vez en... bueno, años. *Aún estoy que lo parto. Después de tanto tiempo todavía puedo hacerlo.* Mi emoción y confianza se desvanecieron en el momento en que pude ver bien la cara de Matt.

Parecía aterrado.

—¿Cómo...? —se aclaró la garganta—. ¿Por qué lo has hecho?

—¿Que por qué? —repetí confusa—. Yo lo veo bastante claro. Esos tíos son unos capullos.

—Sí, son unos capullos. Todo el mundo lo sabe, pero no tenías por qué darles una paliza —Matt se quedó mirándome, con los ojos como platos—. Es que... es que no puedo creer que lo hayas hecho.

—Te estaban molestando —me puse las manos en la cintura, importándome poco que el viento hiciese que el pelo me diese en la cara—. ¿Por qué actúas como si fuese un bicho raro?

—Solo me habían tocado, Álex.

Para mí era razón suficiente, pero parecía no serlo para Matt.

—Ren me agarró. Lo siento, pero no lo soporto.

Matt se quedó mirándome.

Me mordí la lengua para no soltar la ristra de palabras malsonantes que tenía en mente.

—Vale. Quizá no debería haberlo hecho. ¿Podemos, simplemente, olvidarlo?

—No —se frotó el cuello por detrás—. Ha sido demasiado raro para mí. Lo siento, Álex, pero ha sido... una locura.

Mi, y a de por sí débil, capacidad para contener la ira comenzaba a flaquear.

—Ah, ¿quieres que la próxima vez que me quede quieta y les deje que te partan la cara y abusen de mí?

—¡Tu reacción ha sido desproporcionada! ¡No iban a partirme la cara ni a abusar de ti! Y no va a haber una próxima vez. No me gusta la violencia —Matt negó con la cabeza y se dio la vuelta, alejándose de mí, arrastrando los pies por la arena, dejándome allí plantada.

—¿Pero qué demonios? —farfullé, y luego grité alto—. ¡Me da igual! ¡Vete a salvar delfines o algo!

Se giró.

—¡Ballenas, Álex, *ballenas!* Eso es lo que quiero salvar.

Dejé caer los brazos.

—¿Qué hay de malo en salvar delfines?

A partir de aquel momento Matt me ignoró y, dos minutos más tarde, lamenté haberle gritado aquello. Lo adelanté rápidamente para recuperar mis sandalias y bolso, pero lo hice dignamente. Ni un solo comentario despectivo ni una palabrota se escapó de mis labios sellados.

Un grupo de chavales levantaron la mirada, pero ninguno dijo nada. Los pocos amigos que tenía en el colegio eran los amigos de Matt, y a ellos también les gustaba salvar ballenas. No es que haya nada malo en salvar ballenas, pero algunos de ellos tiraban las botellas de cerveza y las anillas de plástico al océano. Un tanto hipócrita, ¿no?

Matt simplemente no lo entendía. Siendo una mestiza, la violencia formaba parte de mí, estaba arraigada en mi sangre desde mi nacimiento y entrenada en cada músculo de mi cuerpo. No significaba que fuese a ponerme a pegar a la gente sin una buena razón, pero desde luego me defendería. Siempre.

El camino hasta casa fue un asco.

Tenía arena entre los dedos de los pies, en el pelo y por todo el vestido. La piel me escocía por todas partes y todo era un maldito asco. Echando la vista atrás, podía admitir que quizá mi reacción fue un poquito exagerada. Ren y Stimp y habían sido especialmente amenazadores. Podía haberlo dejado pasar. O haber actuado como una chica normal y dejar que Matt controlase la situación.

Pero no lo hice.

Nunca lo había hecho. Ahora todo se iba al garete. Matt volvería al colegio el lunes y le contaría a todo el mundo como me puse en plan Xena con aquellos capullos. Yo tendría que contárselo a mi madre, y ella alucinaría. Quizá ella insistiría en volver a mudarnos. De hecho, no me importaría; no había manera de que pudiese volver al colegio y encontrarme con aquellos chavales después de que Matt les contase lo ocurrido. Ni siquiera me importaba que el colegio acabase en unas pocas semanas. Tampoco me hacía mucha gracia el enorme nido de víboras en que se iba a convertir todo.

Y sabía que me lo merecía.

Apretando el bolsito, aceleré el paso. Normalmente las luces de neón de las discotecas y los sonidos de la feria de al lado me ponían de buen humor, pero aquella noche no. Quería pegarme un puñetazo en la cara.

Vivíamos a tres bloques de la playa, en un bungalow de dos plantas que mi madre le alquiló a un viejo que olía a sardinas. Era bastante viejo, pero tenía dos pequeños cuartos de baño. Punto a favor —no teníamos que compartirlo—. No estaba exactamente en el barrio más seguro, pero no es que un vecindario de dudosa reputación nos fuese a asustar a mi madre o a mí.

Podíamos con mortales malos.

Suspiré mientras me abría hueco por el aún abarrotado paseo marítimo. Allí la vida nocturna era una pasada. Igual que los carnets falsos y los cuerpos superbronceados y superdelgados. En Miami todo el mundo tenía el mismo aspecto, lo mismo sucedía en mi hogar —mi verdadero hogar— donde tuve una meta en la vida, una obligación que cumplir.

Y ahora no era más que una perdedora.

En tres años había vivido en cuatro ciudades diferentes y había estado en cuatro institutos. Siempre elegíamos ciudades grandes en las que desaparecer y siempre vivíamos cerca del agua. Llamábamos muy poco la atención y, cuando lo hacíamos, huíamos. Ni una sola vez me dijo mi madre la razón, ni una sola explicación. Después del primer año, dejé de enfadarme cada vez que no me decía por qué había venido a mi cuarto de noche y me había dicho que nos teníamos que marchar. La verdad es que me di por vencida, dejé de preguntar y tratar de descubrirlo. A veces la odiaba por ello, pero era mi madre, y allá donde iba, iba yo.

En el aire se notaba la humedad, el cielo se oscureció rápidamente hasta que ya no se veía brillar ninguna estrella. Crucé la calle y abrí de una patada la valla baja de hierro forjado que rodeaba nuestro pequeño trocito de hierba. Me estremecí con el chirrido que hizo al abrirse pasando sobre las losas de arenisca del suelo.

Me paré delante de la puerta, mirando hacia arriba mientras buscaba la llave por mi bolso.

—Mierda —murmuré mientras paseaba los ojos por el jardín. Flores y hierbas crecían como locas, saliéndose de sus macetas de cerámica y trepando por las verjas oxidadas. Las macetas vacías que amontoné hacía unas semanas se habían volcado. Aquella tarde debía haber limpiado la terraza.

La mañana siguiente, mamá tendría muchas razones para enfadarse.

Suspirando, saqué la llave y la metí en la cerradura. Ya había abierto la puerta a la mitad, agradeciendo que no hubiese crujido y chirriado como lo hacía el resto de la casa, cuando noté una sensación muy extraña.

Unos dedos helados recorrieron mi espalda arriba y abajo. Todos los pelillos de mi cuerpo se erizaron cuando tuve la acertada sensación de ser observada.

Capítulo 4

Rápidamente me di la vuelta, escaneé con la mirada todo el patio y más allá. Las calles estaban vacías, pero aquella sensación no hacía más que crecer. El malestar se adueñó de mi estómago mientras daba un paso atrás, envolviendo con mis dedos el marco de la puerta. No había nadie, pero...

—Estoy perdiendo la cabeza —murmuré—. Me estoy volviendo tan paranoica como mamá. Genial.

Entré cerrando la puerta tras de mí. Aquella extraña sensación fue desapareciendo poco a poco mientras iba de puntillas por la casa. Cogí aire y casi me ahogo con el intenso olor que emitía el salón.

Refunfuñando, encendí la lámpara que estaba al lado del desgastado sofá de segunda mano, y bizqueé mirando hacia la esquina de la habitación. Al lado de nuestra televisión y del revistero repleto de *US Weekly* estaba Apolo. Una rama fresca de laurel le rodeaba su cabeza de mármol. Con todo lo que mamá olvidó en nuestras mudanzas, él nunca se perdía.

Siempre había odiado la estatua de Apolo y su apestosa corona de laurel, que mi madre cambiaba *cada* maldito día. No era que tuviese nada en contra de Apolo. Supongo que era un dios bastante guay; tenía que ver con la armonía, el orden y la razón. Pero es que era la cosa más recargada que había visto en mi vida. Era un busto de torso y cabeza, pero tallados por todo el pecho tenía una lira, un delfín y, como si para la gente normal no tuviese ya una buena sobrecarga de simbolismo, tenía una docena de minúsculas cigarras posadas en el hombro. ¿Qué narices significaban aquellos molestos insectos zumbadores? Se suponía que simbolizaban la música y las canciones... ¡ya, y un huevo!

Nunca entendí la fascinación de mi madre por Apolo o por cualquiera de los otros dioses. Han estado ausentes desde que los mortales decidieron que sacrificar a sus hijas vírgenes; una práctica que no molaba nada. No conocía a nadie que hubiese visto a un dios. Iban por ahí criando cientos de semidioses y dejando que estos tuviesen bebés —los pura sangre—, pero nunca han aparecido con regalos en el cumpleaños de nadie.

Con la mano sobre la nariz, fui hasta la vela que más laurel tenía a su

alrededor y la apagué. Siendo un dios de las profecías, me pregunté si Apolo lo había sabido antes de que lo hiciese. Dejando de lado lo recargado que era, lo que había tallado en su pecho era bastante bonito.

Más bonito que el pecho de Matt.

Un pecho que no volvería a ver ni tocar. Con aquello en mente, cogí el bote de helado de doble chocolate y caramelo del congelador y una cuchara grande. Ni siquiera me molesté en coger un bol, y subí las torcidas escaleras.

Una suave luz salía por debajo de la puerta de la habitación de mamá. Me paré frente a su puerta, miré hacia mi habitación y al helado. Me mordí el labio inferior y pensé en entrar a su cuarto. Posiblemente ya sabía que había salido a escondidas, y si no, la arena que llevaba por todo el cuerpo me habría delatado. Pero odiaba que mi madre tuviese que pasar sola en casa la noche de un viernes. De nuevo.

—¿Lexie?—su voz suave y dulce me llamó desde el otro lado de la puerta—. ¿Qué haces?

Abrí la puerta con el brazo y miré dentro. Estaba sentada, con la espalda apoyada en el cabecero de la cama, leyendo una de esas novelas obscenas con hombres medio desnudos en la portada. Cuando no miraba, se las robaba. A su lado, en la mesilla de noche, había una maceta de flores de hibisco. Eran sus favoritas. Los pétalos morados eran bonitos, pero el único olor que emitían era el del aceite de vainilla que le gustaba echar por encima.

Miró hacia arriba, con una ligera sonrisa.

—Hola, cariño. Bienvenida a casa.

Sostuve el bote de helado, muerta de vergüenza.

—Por lo menos he vuelto antes de medianoche.

—¿Y se supone que así ya está bien?—Me atravesó con la mirada, sus ojos esmeralda brillaban bajo la tenue luz.

—¿No?

Mi madre suspiró, bajando la novela.

—Sé que quieres salir y estar con tus amigos, especialmente desde que empezaste a salir con ese chico. ¿Cómo se llama? ¿Mike?

—Matt —mis hombros se relajaron y comencé a mirar el helado con ansiedad—. Se llama Matt.

—Matt. Es verdad —me dirigió una pequeña sonrisa—. Es un chico muy majo, y entiendo que quieras estar con él, pero no quiero que vayas por Miami de noche, Lexie. No es seguro.

—Ya lo sé.

—Nunca he tenido que... ¿cómo se dice? ¿Cuándo te quitan tus privilegios?

—Castigar —intenté no sonreír—. Se dice castigar.

—Ah, sí. Nunca he tenido que «castigarte», Lexie. Y no quiero empezar ahora —se apartó de la cara su espeso y ondulado pelo mientras me recorría con

la mirada—. ¿Por qué estás cubierta de arena?

Entré un poquito en la habitación.

—Es una larga historia.

Si sospechaba que me había revolcado por la arena con el chico del que siempre olvidaba el nombre y que luego me peleé con otros dos chicos, no dijo nada.

—¿Quieres hablarlo?

Me estremecí.

Dio unas palmaditas en la cama.

—Vamos, cariño.

Sintiéndome un tanto desanimada, me senté sobre mis piernas.

—Perdón por haber salido a escondidas.

Su brillante mirada se dirigió al helado.

—Me parece que hubieses preferido quedarte en casa.

—Pues sí —suspiré abriendo la tapa y hundiendo la cuchara. Con la boca llena de helado dije—; Matt y yo ya no estamos juntos.

—Pensaba que se llamaba Mitch.

Puse los ojos en blanco.

—No, mamá, se llama Matt.

—¿Qué ha pasado?

Mirarla fue como mirarme en un espejo, excepto que yo era una versión más ordinaria. Sus pómulos estaban más marcados, su nariz era un poco más pequeña, y sus labios más carnosos que los míos. Y tenía unos increíbles ojos verdes. Era la sangre mortal que había en mí la que había suavizado mi aspecto. Estoy segura de que mi padre tenía que haber sido atractivo para que mi madre se fijase en él, pero debía ser muy humano. Salir con humanos no era algo que estuviese prohibido, sobre todo porque los hijos —mestizos como yo— eran posesiones muy valiosas para los puros. Aunque yo ya no podía ser considerada una posesión.

Ahora solo era... y no sabía qué era.

—¿Lexie? —Se inclinó hacia delante, quitándose la cuchara y el bote de las manos—. Yo me lo como y tú me cuentas qué ha hecho ese idiota.

Sonreí.

—Ha sido culpa mía.

Tragó un trozo enorme de helado.

—Como tu madre, me siento obligada a discrepar.

—Oh, no —me dejé caer sobre la espalda y me quedé mirando el ventilador

—. Vas a cambiar de opinión.

—Déjame que sea yo quien lo decida.

Me froté la cara con las manos.

—Bueno, digamos que... en la playa me metí en una pelea con dos chicos.

—¿Qué? —Noté la cama moverse cuando se estiró—. ¿Qué hicieron? ¿Intentaron hacerte daño? ¿Te... manosearon?

—¡Oh! Cielos, no, mamá, vamos —dejé caer los brazos haciéndole una mueca—. No pasó nada. De verdad.

Grandes mechones de pelo se le apartaron de la cara y a la vez, todas las cortinas de cuarto se levantaron, llegando hasta la cama. El libro salió volando de la cama y aterrizó en alguna parte del suelo.

—¿Qué pasó, Alexandria?

Suspiré.

—Nada parecido, mamá. ¿Vale? Cálmate antes de que nos saques volando de casa.

Se quedó mirándome unos segundos y el viento paró.

—Flipada —murmuré. Los pura sangre como mi madre podían controlar uno de los elementos, un regalo que los dioses les habían concedido sobre los Hematoi.

Mamá podía usar el elemento aire, pero no se le daba muy bien controlarlo. Una vez volcó el coche de un vecino; intenta explicarle eso a los de la compañía de seguros.

—Esos tíos empezaron a meterse con Matt y uno me agarró.

—¿Y luego qué pasó? —sonaba calmada.

Me preparé.

—Pues, que tuvieron que ayudarles a levantarse del suelo.

Mi madre no respondió inmediatamente. Me atreví a echarle un vistazo rápido y vi que estaba inexpresiva.

—¿Cómo ha sido?

—Están bien —me alisé el vestido con las manos—. Ni siquiera les pegué. Bueno, a uno le di una patada. Pero me llamó zorra, así que creo que se lo merecía. De todas formas, Matt dice que mi reacción fue exagerada y que no le gusta la violencia. Me miró como si fuese un bicho raro.

—Lexie...

—Ya lo sé —me levanté y me froté la nuca—. Reaccioné mal. Simplemente, podía haberme marchado o yo qué sé. Ahora Matt no quiere volver a verme y todos los chavales van a pensar que soy algo... no sé, rarita.

—No eres rarita, cariño.

La miré con curiosidad.

—Hay una estatua de Apolo en nuestro salón. Y, venga, ni siquiera soy de la misma especie que ellos.

—No eres una especie diferente —dejó la cuchara en el bote—. Te pareces a los mortales más de lo que crees.

—Eso no lo sé —me crucé de brazos frunciendo el ceño. Tras unos segundos, la miré—. ¿No vas a gritarme ni nada?

Levantó una ceja, parecía considerarlo.

—Creo que has aprendido que la acción no es siempre la mejor solución, y el chico te dijo esa palabra tan fea...

Una pequeña sonrisa apareció en mis labios.

—Eran unos capullos integrales. Te lo juro.

—¡Lexie!

—¿Qué? —me reí de la cara que puso—. Lo son. Y capullo no es una palabrota.

Movió la cabeza.

—No quiero saber qué más es, pero suena también a algo sucio.

Volví a reír, pero se me pasó en cuanto se me apareció la cara asustada de Matt.

—Tenías que haber visto cómo me miraba Matt después. Era como si me tuviese miedo. Qué estupidez, ¿sabes? La gente como yo me hubiese aplaudido, pero no, Matt tenía que mirarme como si fuese el anticristo metido de *crack*.

Mi madre levantó las cejas.

—Estoy segura de que no fue para tanto.

Fijé mi mirada en la pintura de una diosa que colgaba en la pared. Artemisa estaba agachada al lado de una cierva, con una aljaba de flechas de plata en una mano y un arco en la otra. Sus ojos te ponían de los nervios, pintados completamente blancos, sin iris ni pupilas.

—No. Sí que lo fue. Cree que soy un bicho raro.

Se acercó, poniendo una mano sobre mi rodilla.

—Sé que para ti es difícil estar lejos de... del Covenant, pero estarás bien. Ya verás. Tienes toda la vida por delante, llena de decisiones y libertad.

Ignorando el comentario, cogí de vuelta el helado y agité el bote vacío.

—Buuuh, mamá, te lo has comido todo.

—Lexie —tocándome la mejilla, me giró la cara para que la mirase—. Sé que te fastidia estar lejos de allí. Sé que quieres volver, y rezo a los dioses para que puedas encontrar la felicidad en esta nueva vida. Pero no podemos volver. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —susurré, aunque ni siquiera sabía por qué.

—Bien —puso sus labios sobre mi mejilla—. Con o sin propósito, eres una chica muy especial. Nunca lo olvides.

Algo me quemó por dentro.

—Eso es porque estás obligada a decirlo. Eres mi madre.

Se rio.

—Es cierto.

—¡Mamá! —exclamé—. Wow. Ahora tendré problemas de autoestima.

—Eso es algo que no te falta —me sonrió pícaro mientras le pegaba en la mano—. Ahora baja de mi cama y vete a dormir. Espero que mañana te

levantes pronto y bien. Más vale que me encuentre tu pequeño trasero en la terraza limpiando todo ese lío que tienes. Lo digo en serio.

Salté de la cama y meneé el culo.

—No es tan pequeño.

Puso los ojos en blanco.

—Buenas noches, Lexie.

Fui hasta la puerta y me volví hacia ella, mirándola por encima del hombro. Estaba tocando la cama por todas partes, con cara extrañada.

—Tu ventolera lo tiró al suelo —me di la vuelta y cogí el libro del suelo, dándole de vuelta—. ¡Buenas noches!

—¿Lexie?

—¿Sí? —Me di la vuelta.

Mi madre sonrió con una bonita sonrisa, cálida y cariñosa. Se le iluminó toda la cara, haciendo joyas de sus ojos.

—Te quiero.

Sonrei.

—Yo también te quiero, mamá.

Capítulo 5

Tras tirar el bote vacío y limpiar la cuchara, me lavé la cara y me puse un pijama viejo. Impaciente, no dejaba de dar vueltas pensando en limpiar mi habitación, un impulso que duró lo suficiente como para recoger unos cuantos calcetines del suelo.

Me senté en el borde de la cama, mirando hacia las puertas del balcón, estaban cerradas. La pintura blanca estaba desconchada, dejando ver por debajo una capa de color gris claro —como una mezcla entre azul y plateado, un color no muy normal— que despertó la nostalgia en mí.

La verdad es que, después de tanto tiempo, seguir pensando en un chico que nunca volvería a ver era bastante absurdo. Peor aún, él ni siquiera sabía que yo existía. No porque fuese una chica tímida que se escondiese en las sombras del Covenant, sino porque tenía prohibido fijarse mí. Y ahí estaba yo, tres años después, viendo como un poco de pintura desconchada me recordaba a *sus ojos*.

Era tan patético que hasta daba vergüenza.

Molesta por mis propios pensamientos, me levanté de la cama y me dirigí al pequeño escritorio en la esquina de la habitación. Papeles y cuadernos que casi nunca usaba en clase cubrían la superficie. Si había algo que me gustaba del mundo mortal, era su sistema escolar. Las clases, comparadas con las que tuve en el Covenant, estaban chupadas. Echando todos los trastos a un lado, encontré mi viejo mp3 y los auriculares.

La mayoría de la gente tiene música chula en sus mp3: grupos indie o los últimos éxitos. Pensé que debía estar colocada con algo —¿los gases de las hojas de laurel del Apolo?— cuando me descargué aquellas canciones. Fui mirando el cacharro hasta que encontré la canción *Brown Eyed Girl* de Van Morrison.

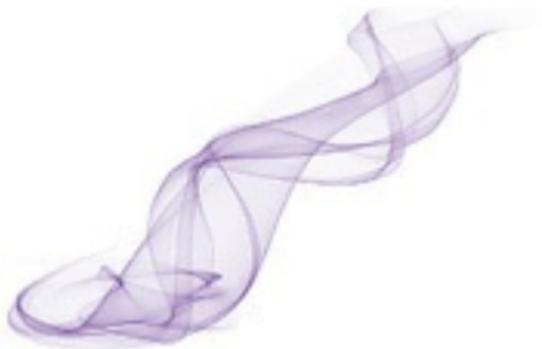
Había algo en la canción que me convertía en una estúpida andante desde el primer riff de guitarra. Tarareando, bailé por toda la habitación, cogiendo ropa suelta del suelo y parando cada dos por tres a bailar sin sentido. Tiré el montón a la cesta, meneando la cabeza como una marioneta desenfadada.

Empecé a sentirme un poco mejor, sonreía mientras bailoteaba alrededor de la cama, sujetando una pila de calcetines contra el pecho. « ¡Sha la la, la la, la, la,

la la, la-la tee da, la-la tee da!» .

El sonido de mi propia voz me hizo estremecer. Cantar no era uno de mis puntos fuertes, pero eso no me impedía mutilar todas las canciones de mi mp3. Para cuando mi habitación estuvo medianamente decente, habían pasado ya las tres de la madrugada. Cansada pero feliz, me quité los auriculares y los dejé en el escritorio. Me arrastré hasta la cama, apagué la lámpara y caí. Normalmente suele costarme un poco conciliar el sueño, pero aquella noche me dormí enseguida.

Y como a mi cerebro le gusta torturarme incluso estando dormida, soñé con Matt. Pero el Matt del sueño tenía el pelo oscuro y ondulado, y los ojos como nubes de tormenta. Y en el sueño, cuando paseó sus manos por mi vestido, no lo detuve.



Una extraña sonrisa de satisfacción apareció en mis labios cuando me desperté. Me quité las sábanas de una patada, estirándome perezosa mientras mi mirada se fijaba en las puertas del balcón. Unos finos rayos de luz se filtraban por las rendijas de la persiana y se dispersaban sobre la vieja alfombra de bambú. Las motas de polvo flotaban y bailaban entre los rayos.

Mi sonrisa se congeló cuando me fijé en el reloj.

—¡Mierda!

Tiré las sábanas a un lado, saqué las piernas de la cama y me levanté. « Por la mañana temprano» no significaba levantarse a *mediodía*. Mi madre había sido suave por la noche, pero dudaba que fuese igual si no hacía las tareas de la casa por segundo día consecutivo. Una rápida mirada a mi reflejo en el espejo del baño, mientras me quitaba la ropa, confirmó que parecía Chewbacca. Me di una ducha rápida, pero el agua caliente se volvió fría antes de que pudiese acabar.

Tiritando por culpa del malvado calentador de agua, me puse un par de vaqueros desgastados y una camiseta ancha. Secándome el pelo con una toalla, fui hacia la puerta. Me paré, silenciando un bostezo. Mamá seguramente estaba

ya fuera, en el jardín pequeño de delante. Estaba justo debajo del balcón, frente a los edificios de pisos y adosados del otro lado de la calle. Tiré la toalla en la cama y abrí de par en par las puertas del balcón, como si fuese una hermosa mujer saludando al día, muy femenina y delicada.

Excepto que todo salió mal.

Con un gesto de dolor provocado por el reflejo del brillante sol de Florida, me cubrí los ojos y di un paso adelante. El pie se me quedó encajado en una maceta vacía. Lo sacudí para tratar de quitármela, pero perdí el equilibrio y salí despedida hacia el otro lado del balcón, agarrándome de milagro a la barandilla antes de caer por encima de cabeza.

Morir por culpa de una maceta sería un poco horrible.

Bajo mis brazos, la maldita maceta de pie de madera se balanceó hacia la izquierda y luego fuertemente hacia la derecha. Unas cuantas macetas de tulipanes verdes y amarillos se movieron a la vez.

—¡Mierda! —murmuré. Agarrándome a la barandilla y poniéndome de rodillas, abracé el macetero. Allí arrodillada, agradecí que ninguno de mis antiguos amigos estuviese cerca y lo hubiese visto. Los mestizos eran conocidos por su agilidad y su gracia, no por tropezarse con cosas.

Una vez puse todo en su sitio sin matarme en el proceso, me levanté y me apoyé con cuidado en la barandilla. Miré por todas partes esperando encontrar a mi madre partiéndose el culo de risa, pero el patio estaba vacío. Incluso miré hacia la valla, donde había plantado una fila de flores semanas atrás. Empezaba a darme la vuelta cuando vi que la puerta de la valla estaba abierta, colgando hacia un lado.

—Vaya... —estaba casi segura de haberla cerrado la noche anterior. ¿Quizá mamá se había ido al Dunkin a por unos donuts? *Mmm*. Mi estómago gruñó. Cogí la pequeña pala de jardín de entre el lío de herramientas apiladas sobre la sillita plegable, lamentando otra mañana comiendo copos de avena si no había donuts. ¿A quién tenía que matar para tener unos Choco Krispis en esta casa?

Le di la vuelta a la pala en el aire, cogiéndola por el mango mientras miraba al otro lado del patio. Los adosados del otro lado tenían barrotes en las ventanas y pintura cayéndose de las paredes. Las mujeres mayores que vivían allí no hablaban mucho nuestro idioma. Una vez intenté ayudar a una de ellas a sacar la basura a los contenedores, pero me gritó en otro idioma y me echó de allí como si estuviese intentando robarle.

Ahora estaban todas en sus porches, cortando cupones o haciendo lo que se supone que hacen las viejas. El tráfico bloqueaba la calle. Los sábados por la tarde siempre pasaba lo mismo, sobre todo si parecía un buen día de playa.

Paseé mi mirada entre la gente local y los turistas mientras continuaba tirando la pala al aire. Era muy fácil distinguir a los de fuera. Llevaban riñoneras o sombreros muy grandes, y tenían la piel blanca nuclear o quemada.

Un extraño escalofrío me recorrió el cuerpo, llegando a sentir leves sacudidas. Tomé un fuerte respiro y mis ojos escrutaron los grupos que pasaban a su aire.

Y entonces lo vi.

En un instante, todo se detuvo a mi alrededor. El aire se escapó de mis pulmones.

No. No. No.

Estaba de pie al principio de la calle, justo al otro lado del bungalow, al lado del porche donde estaban las viejas. Le miraron mientras se acercaba a la acera, pero dejaron de hacerle caso y volvieron a su conversación.

Ellas no podían ver lo que yo vi.

Ningún mortal podía. Ni siquiera un pura sangre. Solo los mestizos podían ver a través de su magia elemental y ser testigos del verdadero terror, una piel tan pálida y tan fina que todas las venas sobresalían de la carne como pequeñas serpientes negras. Sus ojos eran oscuros, agujeros negros y su boca, sus dientes...

Esa era una de las *cosas* que debía matar y contra las que me habían entrenado en el Covenant.

Era una *cosa* que cogía fuerzas y se alimentaba de éter —la esencia de los dioses, la fuerza vital en nuestro interior—, un pura sangre que le dio la espalda a los dioses. Esta era una de las *cosas* que estaba obligada a matar en cuanto viese.

Un daimon, allí había un *daimon*.

Capítulo 6

Me aparté rápidamente de la barandilla. Cualquiera de los entrenamientos que intenté recordar se desvanecieron en un instante. Parte de mí sabía — siempre lo había sabido— que el día llegaría. Llevábamos fuera de la protección del Covenant y sus comunidades demasiado tiempo. La necesidad de éter podría atraer en algún momento a un daimon hasta nuestra puerta. Simplemente no había querido darle alas al miedo, a creer que podría pasar en un día como ese, cuando el sol brillaba tanto y el cielo tenía un hermoso color azul celeste.

El pánico se clavó en el fondo de mi garganta, atrapando mi voz. Intenté gritar « ¡mamá! », pero salió un susurro ahogado.

Crucé la habitación con el miedo apoderándose de mí mientras tiraba y abría la puerta. Un ruido sonó en alguna parte de la casa. El espacio entre mi habitación y la de mi madre me pareció mayor de lo que recordaba y aún seguía intentando gritar su nombre cuando llegué allí.

La puerta se abrió suavemente, pero al mismo tiempo, todo se ralentizó.

Su nombre era aún un simple quejido en mis labios. Mi vista aterrizó primero en su cama, y luego en un trozo del suelo al lado de la cama. Parpadeé. La maceta de hibiscos se había caído y roto en grandes trozos. Pétalos morados y tierra cubrían todo el suelo. El rojo —algo rojo— se mezcló entre las flores, tiñéndolas de morado oscuro. Mi olfato captó un olor metálico que me hizo recordar las veces que me sangraba la nariz cuando un contrincante tenía un golpe de suerte.

Me entró un escalofrío.

El tiempo se paró. Un zumbido se apoderó de mis oídos hasta que no pude oír nada más. Más pálida de lo normal, sus dedos intentaron atrapar el aire, como intentando alcanzar algo. Su brazo se torció en un ángulo extraño. Mi cabeza se movía adelante y atrás; mi cerebro se negaba a aceptar las imágenes que veían mis ojos, a nombrar la mancha oscura que se extendía por su camiseta.

No, no —de ninguna manera—. *Aquello no estaba bien.*

Algo —alguien— levantó la mitad de su cuerpo. Un mano pálida le apretó el brazo y su cabeza cayó hacia un lado. Sus ojos estaban completamente abiertos,

el verde se había desvanecido un poco.

Oh, dioses... oh, dioses.

Segundos, solo habían pasado unos segundos desde que había abierto la puerta, pero me pareció una eternidad.

Un daimon estaba agarrado a mi madre, vaciándola para obtener el éter de su sangre. Debí hacer ruido, porque la cabeza del daimon se levantó. Su cuello —*oh, dioses*— estaba como abierto. Se había derramado muchísima sangre.

Mis ojos se cruzaron con los suyos —o al menos los oscuros agujeros donde debería de haber tenido los ojos—. Su boca se despegó de su cuello, abriéndose para mostrar una fila de dientes afilados como cuchillas, cubiertos de sangre. Entonces, la magia elemental comenzó, volviendo a formar la cara que tuvo cuando fue un pura sangre, antes de haber probado aquella primera gota de éter. Con todo el atractivo en su sitio, era guapo —tanto que, por un momento, creí estar teniendo visiones. Nada con una apariencia tan angelical podía ser responsable de la mancha roja en el cuello de mi madre, su ropa...

Ladeó la cabeza mientras olfateaba el aire. Dejó escapar un sonido demasiado agudo para ser humano. Me tambaleé. Ese sonido, nada real podía sonar así.

Se apartó de mi madre, dejando que su cuerpo se deslizase hasta el suelo. Cayó sin fuerzas y no se movió. Sabía que tenía que estar muy asustada y herida, porque no podía haber otra razón por la que no se hubiese movido. Mientras se levantaba, el daimon dejó caer sus manos sangrientas, moviendo los dedos.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Mestiza —susurró.

Y entonces saltó.

Ni siquiera me había dado cuenta de que aún tenía la pequeña pala de jardín en la mano. Levanté la mano justo cuando el daimon intentó agarrarme. De mi grito no salió más que un gemido ronco al caer contra la pared. La pintura de Artemisa, tras de mí, se rompió contra el suelo.

Los ojos del daimon se abrieron sorprendidos. Por un momento sus iris fueron de un vivo azul brillante y, entonces, como si hubiesen activado un interruptor, la magia elemental que escondía su verdadera naturaleza se desvaneció. Unas cuencas negras reemplazaron esos ojos; las venas sobresalieron de su piel blanquiza.

Y entonces explotó en un montón de brillante polvo azul.

Miré abajo atontada, hacia mi mano temblorosa. La pala —aún llevaba en la mano la maldita pala—. Me di cuenta de que estaba chapada en titanio. La pala estaba cubierta de un metal mortal para los adictos al éter. ¿Mi madre compró aquellas herramientas de jardín absurdamente caras porque le encantaba la jardinería, o había algún otro motivo oculto tras la compra? No es que tuviésemos alguna daga o cuchillo del Covenant cerca.

Sea como fuere, el daimon se había empalado él mismo en la pala. *Estúpido, malvado, chupa éter hijo de perra.*

Una risa —corta y áspera— me subió por la garganta mientras un escalofrío me recorría el cuerpo. No había más que silencio, y el mundo volvió súbitamente a su lugar.

La pala se escapó de mis dedos, cayendo al suelo estrepitosamente.

Otro espasmo me hizo caer de rodillas y bajé la mirada hacia la masa inmóvil al lado de la cama.

—¿Mamá...?—hice una mueca de dolor ante el sonido de mi voz y el miedo que se apoderó de mí.

No se movió.

Le puse la mano en el hombro y le di la vuelta sobre la espalda. La cabeza le cayó hacia un lado, los ojos los tenía blancos y sin mirada. Eché un vistazo a su cuello. La sangre le cubría toda la parte delantera de la blusa azul y se mezclaba con mechones de su oscuro pelo. No sabía cuánto daño le había hecho. Me acerqué de nuevo, pero no pude apartarle el pelo que le cubría el cuello. En la mano derecha, tenía un pétalo.

—¿Mamá...?—Me incliné sobre ella, con el corazón tartamudeando y en un puño—. *¡Mamá!*

Ni siquiera pestañeó. Durante todo aquello, mi cerebro intentaba decirme que no quedaba vida en aquellos ojos, ni espíritu ni esperanza en su mirada vacía. Lágrimas empezaron a correrme por la cara, pero no podía recordar cuándo había comenzado a llorar. Mi garganta se cerró hasta el punto de tener que luchar por respirar.

Entonces grité su nombre, cogiéndole los brazos y zarandeándola.

—¡Despierta! ¡Tienes que despertarte! ¡Por favor, mamá, por favor! ¡No hagas esto! *¡Por favor!*

Por un segundo me pareció que le había visto mover los labios. Me agaché, poniendo mi oído sobre su boca, tratando de oír una pequeña respiración, una palabra.

Pero nada.

Buscando alguna señal de vida, le toqué el lado intacto del cuello y caí hacia atrás, sobre el culo. Su piel, su piel estaba *demasiado* fría.

—No. No.

Se cerró una puerta en el piso inferior, y el sonido me atravesó. Me quedé congelada por un segundo, mi corazón latía tan rápido que estaba segura de que iba a explotar. Un escalofrío me recorrió cuando la imagen del daimon que había fuera apareció por mi mente. ¿De qué color tenía el pelo? El de aquí era rubio. *¿De qué color?*

—Diablos—me di la vuelta y cerré la puerta de un golpe. Con los dedos temblándome, cerré el pestillo y di unas vueltas.

Había dos. Había dos.

Unos fuertes pasos se oyeron por las escaleras.

Me apresuré hasta el armario. Me apreté tras él, moviendo el pesado mueble con toda la fuerza que tenía. Libros y papeles cayeron mientras bloqueaba la puerta.

Algo se estampó contra el otro lado, sacudiendo el armario. Dando un salto atrás, me puse las manos sobre la cabeza. Un agudo aullido salió del otro lado de la puerta, y entonces volvió a dar contra la puerta... una y otra vez.

Di unas vueltas alrededor, con mi estómago retorciéndose de una forma muy dolorosa. Planes, teníamos un estúpido plan en caso de que un daimon nos encontrase. Lo cambiábamos cada vez que nos mudábamos a otra ciudad, pero todos ellos se basaban en lo mismo: *Coge el dinero y corre*. Escuché su voz tan clara como si lo hubiese dicho ella. *Coge el dinero y corre*. No mires atrás. Solo corre.

El daimon volvió a golpear la puerta, rompiendo la madera. Un brazo apareció por allí, intentando agarrar el aire.

Fui al armario, saqué cajas de la estantería de arriba hasta que una pequeña de madera cayó al suelo. Agarrándola, tiré de ella tan fuerte que la tapa se separó de las bisagras. Tiré otra caja a la puerta, dándole al daimon en el brazo. Creo que se rio de mí. Cogi lo que mi madre llamaba « fondo de emergencia », al que yo me refería como el fondo de « estamos jodidas », y me guardé el fajo de billetes de cien dólares.

Cada paso atrás hacia donde ella había caído me destrozaba por dentro, se llevaba una parte de mi alma. Ignoré al daimon mientras me agachaba a su lado y ponía mis labios contra su frente helada.

—Lo siento mucho, mamá. Lo siento mucho. Te quiero.

—Voy a matarte —siseó el daimon.

Mirando por encima de mi hombro, vi que el daimon ya había sacado la cabeza por el agujero. Estaba llegando al borde del armario. Agarré la pala, pasándome el brazo por la cara.

—Voy a destrozarte. ¿Me oyes? —continuó, metiendo otro brazo por el agujero que había hecho—. Te voy a abrir en canal y sacar cualquier absurda cantidad de éter que tengas, mestiza.

Miré hacia la ventana y cogí la lámpara de la mesa. Le arranqué la pantalla y la tiré a un lado. Me paré delante del armario.

El daimon se paró mientras comenzaba a aflorar su atractivo. Olfateó el aire, con los ojos resplandecientes.

—Hueles difer...

Con todas mis fuerzas, estampé la lámpara contra la cabeza del daimon. El horrible ruido sordo que hizo me gustó tanto que habría preocupado a cualquier orientador juvenil del país. No lo maté, pero me hizo sentir mejor.

Tiré la lámpara reventada y corrí hacia la ventana. La abrí justo cuando el daimon comenzó a lanzar una retahíla de creativas maldiciones y palabrotas. Me posé sobre ella mientras miraba al suelo, valorando mis posibilidades de caer sobre el toldo del porche trasero de la casa.

La parte de mí que llevaba demasiado tiempo en el mundo mortal reaccionó ante la idea de saltar desde la ventana de un segundo piso. La otra parte —la que tenía sangre divina fluyendo por sus venas— saltó.

El tejado metálico hizo un ruido horrible cuando mi pie aterrizó sobre él. Sin pensar, fui hasta el borde y salté una vez más. Aterricé en el césped, cayendo de rodillas. Levantándome, ignoré las miradas asombradas de los vecinos que debían haber salido fuera a ver qué estaba pasando. Hice lo único para lo que me habían entrenado a no hacer *nunca* en el Covenant, lo que no quería hacer, pero sabía que debía hacer.

Corrí.

Con las mejillas aún húmedas por las lágrimas y las manos manchadas con la sangre de mi madre, corrí.

Después

Capítulo 7

Cuando me paré en el baño de una gasolinera, sentí que tenía todo el cuerpo entumecido. Giré las manos y me las froté bajo el chorro de agua helada, viendo cómo el lavabo se teñía de rojo, luego rosa y luego nada. Seguí lavándome las manos hasta que, ellas también, se entumecieron.

De vez en cuando, un espasmo sacudía mis piernas y me daba un tic en los brazos, sin duda producto de haber corrido y corrido hasta que el dolor se hizo cargo de mi cuerpo y que cada paso me golpeará los huesos. Mis ojos no dejaban de echar vistazos a la pala, como si necesitase asegurarme que la seguía teniendo a mano. La había puesto al lado del lavabo, pero siempre tenía la sensación de que no estaba suficientemente cerca.

Cerré el grifo, la cogí y me la metí bajo la cintura del pantalón. Los bordes afilados se me clavaban en la cadera, pero tiré la camiseta por encima, acogiendo la pequeña punzada de dolor.

Salí del lúgubre baño, caminaba sin rumbo fijo. La parte trasera de mi camiseta estaba empapada en sudor y mis piernas protestaban al andar. Daba unos cuantos pasos, tocaba el mango de la pala a través de la camiseta, andaba un poco más y así todo el rato.

Coge el dinero y corre...

¿Pero correr a dónde? ¿Dónde se suponía que tenía que ir? No teníamos amigos cercanos a los que hubiésemos confesado la verdad. Mi parte mortal me urgía a ir a la policía, pero ¿qué les iba a decir? En aquellos momentos alguien podía haber llamado al 911 y ya habrían encontrado su cuerpo. ¿Y ahora qué? Si iba a las autoridades me pondrían a cargo de los servicios sociales aun teniendo diecisiete años. Habíamos gastado todo el dinero durante aquellos últimos tres años y no quedaba mucho más, a parte de los pocos cientos de dólares que tenía en el bolsillo. Últimamente, mi madre le había cogido el gusto a usar pagarés para tener rebajas en las tarifas al pagar facturas.

Continué caminando mientras mi cerebro trataba de contestar a la pregunta de *¿y ahora qué pasa?* El sol comenzaba a ponerse. Esperaba que la humedad disminuyese un poco. Sentía la garganta como si me hubiese tragado una esponja

seca, y mi estómago gruñó descontento. Los ignoré a ambos, mientras continuaba poniendo tanta distancia como podía entre mi casa y yo.

¿Dónde podía ir?

Como un golpe bajo en el estómago, vi a mi madre. No como la noche pasada, cuando me dijo que me quería, esa imagen suya se me escapaba. Ahora no dejaba de ver sus ojos verdes y apagados.

Una puñalada de dolor hizo que me tambaleara. El dolor en el pecho, en mi alma, amenazaba con consumirme. No podría hacerlo. No sin ella.

Tenía que hacerlo.

A pesar de la humedad y el calor, tirité. Con los brazos sobre el pecho, bajé por la calle escaneando todos los grupos de personas buscando la horrible cara de un daimon. Tenían que pasar algunos segundos antes de que su magia elemental hiciese efecto en mí. Quizá me diese suficiente tiempo para intentar huir, pero obviamente podían sentir el poco éter que yo contenía. No era probable que me siguiesen; los daimons no solían cazar mestizos. Nos reconocerían y nos vaciarían si se cruzasen con nosotros, pero no irían expresamente a buscarnos. El éter diluido en nuestro interior no era tan apetecible como el de los puros.

Vagué por las calles sin rumbo hasta que di con un motel que parecía un poco decente. Necesitaba salir de las calles antes de que cayese la noche. Miami al anoecer no era sitio para que una joven y solitaria chica fuese andando por allí felizmente. Después de coger unas hamburguesas de un *fast food* cercano, me registré en el motel. El tío tras el mostrador no miró dos veces a la sudorosa chica frente a él —sin equipaje y con una bolsa de comida— pidiéndole una habitación. Mientras pagase en metálico le daba igual que no le enseñase identificación.

Mi habitación estaba en el primer piso, al final de un pasillo estrecho y húmedo. Salían ruidos cuestionables de algunas habitaciones, pero estaba más preocupada por la moqueta sucia que por los suaves gemidos.

Las suelas de mis deportivas gastadas parecían más limpias.

Pasé las hamburguesas y la bebida al otro brazo mientras abría la puerta de la habitación trece. Ni me fijé en la ironía del número; estaba demasiado cansada como para que me importase.

Sorprendentemente, la habitación olía bien, cortesía del ambientador de melocotón enchufado a la pared. Puse mis cosas sobre la pequeña mesa y saqué la pala. Levantándome la camiseta, bajé un poco la cintura del pantalón y me pasé los dedos por las marcas que había dejado la hoja en mi piel.

Podría ser peor. Podría estar como mi ma...

—¡Déjalo! —me dije a mí misma—. Déjalo ya.

Pero de todas formas el fuerte dolor fue mejorando. Era como si sintiera nada y todo a la vez. Di un profundo respiro, pero me dolió. Ver a mi madre tirada al lado de la cama seguía sin parecerme real. Nada me lo parecía. Seguía

esperando despertarme y darme cuenta de que todo había sido una pesadilla.

Solo que aún no me había despertado.

Me froté la cara con las manos. Parecía que me ardía la garganta, una tirantez que me hacía difícil el tragar. *Ya no estaba. Ya no estaba. Mi madre ya no estaba.* Cogí la bolsa de hamburguesas y me lancé a ellas. Me las comí furiosa, parando de vez en cuando para tomar un gran trago del vaso. Tras la segunda, comencé a tener retortijones. Tiré el papel al suelo y salí corriendo al baño. Arrodiada frente al váter, todo me volvió.

Me dolía todo, caí de espaldas contra la pared, apretando la parte baja de las manos contra mis ojos, que ardían. Cada pocos segundos la mirada en blanco de mi madre se me aparecía, alternada con la cara del daimon antes de explotar en polvo azul. Abrí los ojos, pero seguía viéndola, viendo la sangre correr sobre los pétalos morados, viendo sangre por todo. Los brazos empezaron a temblarme.

No puedo hacerlo.

Apoyé las rodillas contra el pecho y dejé la cabeza sobre ellas. Comencé a verme lentamente, mientras repetía una y otra vez, no solo las últimas veinticuatro horas, sino los últimos tres años. Todas aquellas veces que tuve la oportunidad de buscar una forma de contactar con el Covenant y no lo había hecho. Oportunidades perdidas. Oportunidades que nunca recuperaría. Podía haber intentado buscar la forma de contactar con el Covenant. Una llamada habría podido prevenir que todo ocurriese.

Quería una segunda oportunidad, solo un día más para enfrentarme a mi madre y exigirle volver al Covenant y enfrentarnos a lo que fuese que provocara nuestra huida en medio de la noche.

Juntas, lo podíamos haber hecho juntas.

Metí los dedos entre el pelo y tiré. Un pequeño grito se abrió paso a través de mi garganta cerrada. Me tiré del pelo, pero aquel cálido dolor que recorrió mi cráneo no logró aliviar la presión de mi pecho ni el gran vacío que me llenaba.

Como mestiza, mi deber era matar daimons, proteger a los pura sangre de ellos. Había fallado del peor modo posible. Le había fallado a mi madre. Y no había vuelta atrás.

Había fallado.

Y había huido.

Mis músculos se bloquearon y sentí un repentino ataque de furia aflorar en mi interior. Frotándome los ojos con las manos, di una patada. El talón de mi deportiva atravesó la puerta del mueblecillo bajo el lavabo. Saqué el pie, casi agradecí que el contrachapado barato me arañase el tobillo. Y lo volví a hacer una y otra vez.

Cuando finalmente me levanté y salí del baño, la habitación del motel estaba completamente a oscuras. Tiré de la cadena de la lámpara y cogí la pala. Cada paso hacia la vieja habitación me hacía daño, tras forzar mis doloridos músculos

en una posición tan extraña dentro del baño. Me senté en la cama, intentando no caer rendida encima y no levantarme. Quería volver a comprobar la puerta — quizá bloquearla con algo— pero el cansancio llamaba y me sumergí en un sitio en el que esperaba que las pesadillas no pudiesen seguirme.

Capítulo 8

La noche se convirtió en día, y no me moví hasta que el propietario del hotel llamó a la puerta, pidiendo más dinero o que me fuese. A través de un pequeño hueco de la puerta, le pasé el dinero y volví a la cama.

Hice lo mismo durante días. Había un cierto sentido de paso del tiempo cuando me levantaba tambaleándome al baño. No tenía energías como para ducharme, y de todas formas aquel no era el tipo de sitio donde te ponen botecitos de champú. Ni siquiera había un espejo, solo unos cuantos enganches de plástico enmarcando un rectángulo vacío sobre el lavabo. Ni la luz de la luna ni la del sol pasaban a través de la ventana, llevaba la cuenta de las veces que vino al dueño. Vino tres veces a pedir dinero.

Durante aquellos días, pensaba en mi madre y lloraba hasta que me tapaba con la mano para calmarme. La tormenta en mi interior me azotó, amenazando con hundirme, y me hundí. Me encogí en una pequeña bola, sin querer hablar, sin querer comer. Parte de mí quería quedarse allí tumbada y desaparecer. Las lágrimas hacía ya tiempo que se me habían acabado y, simplemente, estaba allí tirada, buscando una salida. Parecía que se avecinaba un enorme vacío. Le di la bienvenida, adentrándome en él, hundiéndome en sus profundidades sin sentido hasta que el dueño vino al cuarto día.

Esta vez me habló después de darle el dinero.

—¿Necesitas algo, chica?

Me quedé mirándole a través del hueco. Era un tío mayor, quizá cuarentón. Solía llevar la misma camiseta a rayas todos los días, pero parecía aseado.

Miró por el pasillo, pasándose una mano por el pelo que ya le raleaba.

—¿Hay alguien a quien pueda llamar por ti?

No tenía a nadie.

—Bueno, si necesitas algo, simplemente llama al mostrador —se alejó, tomando mi silencio como respuesta—. Pregunta por Fred. Soy yo.

—Fred —repetí despacio, sonando como una idiota.

Fred se paró, moviendo la cabeza. Cuando volvió a mirarme, nuestros ojos se cruzaron.

—No sé en qué lío te has metido, chica, pero eres demasiado joven para estar en un sitio como este. Vete a casa. Vuelve a donde perteneces.

Vi a Fred irse y cerré la puerta con pestillo. Me di la vuelta lentamente y me quedé mirando a la cama —a la pala—. Me hormigearon los dedos.

Vuelve a donde perteneces.

Ya no pertenecía a ningún sitio. Mamá y ya no estaba y...

Me aparté de la puerta, acercándome a la cama. Cogí la pala y pasé los dedos por los afilados bordes. *Vuelve a donde perteneces.* Solo había un sitio al que pertenecía, y no era hecha un ovillo en una cama de un motel mierdoso en el lado malo de Miami.

Ir al Covenant.

Un cosquilleo recorrió mi cuello. ¿El Covenant? ¿Podría volver después de tres años, sin saber siquiera por qué nos fuimos? Mamá actuó como si no fuese seguro, pero siempre lo asocié a su paranoia. ¿Me permitirían volver sin mi madre? ¿Me castigarían por huir con ella y no delatarla? ¿Estaba destinada a convertirme en lo que había evitado todos esos años, o cuando fui ante el Consejo y le pegué una patada a una vieja?

Podrían haberme forzado a la servidumbre.

Todas las opciones eran mejores que ser aplastada por un daimon, mejor que meter el rabo entre las piernas y darme por vencida. Nunca me había rendido por nada en toda mi vida. No podía empezar ahora, no cuando mi vida realmente dependía en no perder la cabeza.

Y por cómo estaba la cama y cómo olía yo, la estaba perdiendo oficialmente.

¿Qué diría mi madre si pudiese verme? Dudo que sugiriese el Covenant, pero no querría que me diese por vencida. Hacerlo sería deshonorar todo lo que ella simbolizaba, y a su amor.

No podía rendirme.

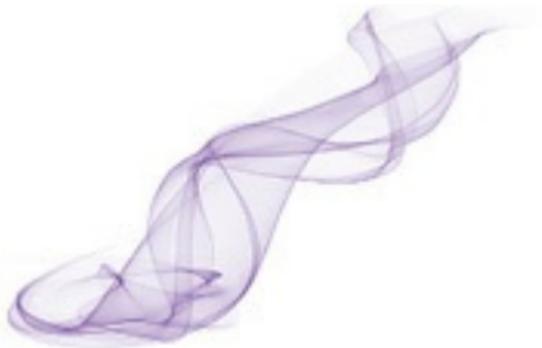
La tormenta en mi interior se calmó y el plan comenzó a forjarse. El Covenant más cercano estaba en Nashville, Tennessee. No sabía exactamente dónde, pero la ciudad estaría abarrotada de Centinelas y Guardias. Podíamos sentirnos los unos a los otros —el éter siempre nos delataba, más fuerte en los puros, más sutil en los mestizos—. Tenía que encontrar un transporte, porque no iba yo a mover el culo e ir andando hasta Tennessee. Aún tenía dinero suficiente para comprar un billete y subir en uno de esos autobuses en los que en condiciones normales ni siquiera consideraría montarme. La estación de la ciudad cerró hacía años y la parada de autobús interurbano más cercana estaba en el aeropuerto.

Había toda una caminata para llegar hasta allí.

Miré hacia el baño. Por la ventana no entraba luz. Era otra vez de noche. Al día siguiente por la mañana podría coger un taxi al aeropuerto y coger uno de

aquellos buses. Me senté, casi sonriendo.

Tenía un plan, uno loco que podría acabar saliéndome por la culata, pero era mejor que rendirme y no hacer nada. Un plan ya era algo, y me dio esperanzas.



Después de esperar hasta el amanecer, cogí un taxi al aeropuerto y me quedé por la casi vacía terminal de autobuses. La única compañía que tenía era la de un anciano hombre negro que estaba limpiando los duros asientos de plástico, y las ratas que correteaban por los pasillos más oscuros.

No eran muy habladores.

Subí las piernas al asiento, meciendo la pala en mi regazo mientras me esforzaba por estar alerta. Tras haberme sumido en el vacío de la nada durante días, seguía queriendo meterme en mi pijama favorito y hacerme un ovillo en la cama de mi madre. Si no fuese porque el menor ruido me hacía saltar del asiento, me hubiese caído dormida de la silla.

Cuando el sol comenzó a salir por las ventanas, un puñado de personas ya estaban esperando el autobús.

Todo el mundo me evitaba, probablemente porque parecía un pingajo. La ducha del motel ni siquiera funcionó, y mi rápido enjuague en el lavabo no incluyó jabón ni champú. Levantándome despacio, esperé a que todo el mundo se pusiese en fila y miré aquella ropa que había llevado tantos días. Las rodillas de los vaqueros estaban rotas y los bordes deshilachados estaban teñidos de rojo. Me dio un agudo pinchazo en el estómago.

Recomponiéndome, trepé las escaleras del autobús y miré brevemente al conductor a los ojos. Justo en ese momento, deseé no haberlo hecho. Con una mata de pelo blanco en la cabeza y unas bifocales plantadas en su sonrosada nariz, el conductor parecía aún más viejo que el señor que estaba limpiando las sillas. Incluso tenía una pegatina del IMSERSO en el parasol y llevaba tirantes.
¿Tirantes?

Dioses, existía la posibilidad de que Papá Noel se quedase dormido al volante

y fuésemos a morir todos.

Arrastrando los pies, elegí un hueco en el medio y me senté al lado de la ventana. Por suerte, el bus no estaba ni medio lleno y, por eso, el olor corporal que solía estar asociado a aquel tipo de buses estaba por debajo de la media.

Creo que yo era la única que aspestaba.

Y tanto que lo hacía. Una señora unos cuantos asientos por delante se dio la vuelta, arrugando la nariz. Cuando sus ojos se posaron en mí, aparté la mirada rápidamente.

A pesar de que mi cuestionable higiene era el menor de mis problemas, me puse colorada de la vergüenza. ¿Cómo en un momento así podía llegar a preocuparme por mi aspecto o mi olor? No debía, pero lo hice. No quería ser la chica apesosa del autobús. La vergüenza me recordó otro horrible momento de mi vida.

Tenia trece años y acababa de empezar una clase de entrenamiento ofensivo en el Covenant. Recuerdo que estaba emocionada por hacer algo que no fuese correr y practicar técnicas de bloqueo. Caleb Nicolo —mi mejor amigo y un tío estupendo— y yo nos habíamos pasado todo el inicio de la primera clase empujándonos por todo y comportándonos como monos drogados.

Cuando estábamos juntos éramos un tanto... incontrolables.

El instructor Banks, un mestizo anciano que había sido herido durante su trabajo como Centinela, nos estaba dando la clase. Nos informó de que íbamos a practicar placajes y me emparejó con un chico llamado Nick. El instructor Banks nos enseñó varias veces cómo hacerlo correctamente, advirtiéndonos de que: «Tiene que hacerse así. Si no, podrías romperle el cuello a alguien, y eso no es lo que voy a enseñar hoy».

Parecía muy fácil, y siendo una pequeña mocosa fardona como era, realmente no había prestado mucha atención. Le dije a Caleb, «lo tengo pilladísimo». Chocamos como dos idiotas y volvimos con nuestros compañeros.

Nick hizo el placaje perfecto, barriéndome con la pierna mientras mantenía el control de mis brazos. El instructor Banks le elogió. Cuando me tocó a mí, Nick sonrió y esperó. A mitad de la maniobra, se me resbaló el brazo de Nick y cayó sobre el cuello.

Eso no fue algo bueno.

Al ver que no se levantaba enseguida y que empezaba a gimotear y a retorcerse, supe que había calculado muy mal mis posibilidades. Nick estuvo en la enfermería durante una semana y después me llamaron «martillo pilón» durante un montón de meses.

Hasta la actualidad, nunca había pasado tanta vergüenza en mi vida. No estaba segura de qué humillación fue peor, fallar frente a mis compañeros o el oler como calcetines sudados olvidados en la cesta de la ropa sucia.

Suspirando, miré el itinerario de mi viaje. Tenía dos escalas: una en Orlando

y otra en Atlanta. Por suerte en uno de esos lugares habría un sitio en el que podría lavarme un poco mejor y comprar algo de comida. Quizá también hubiese conductores que no estuviesen cerca de su fecha de caducidad.

Miré a los demás pasajeros, calmando un bostezo con la mano. Definitivamente no había daimons en el autobús; me imaginé que despreciarían el transporte público. Y —hasta donde sabía— no vi ningún asesino en serie que pareciese un abusador de chicas. Saqué la pala y la metí entre yo y el asiento. Me quedé frita bastante rápido y me desperté unas horas después, con el cuello todo dolorido.

Unas cuantas personas en el autobús tenían unas almohadas por las que habría dado un brazo. No dejé de moverme en el asiento hasta encontrar una posición en la que no me sintiese encajada, así que no me di cuenta de que tenía compañía hasta que levanté la mirada.

La mujer que antes olfateó el aire estaba en los asientos del otro lado del pasillo. Le miré el pelo cuidadosamente peinado y los pantalones apretados color caquí, sin estar muy segura de qué debía pensar de ella. ¿Había apeestado todo el autobús?

Sonriendo levemente, sacó la mano de detrás de la espalda y sostuvo un paquete de galletas delante de mí. Era de esas con mantequilla de cacahuete por dentro que venían de seis en seis. Mi estómago rugió. Pestañeé despacio, confusa.

Sacudió la cabeza, y me percaté de la cruz que colgaba de una cadena de oro alrededor de su cuello.

—Pensé que... quizá tienes hambre.

El orgullo me golpeó en el pecho. La mujer pensaba que era una niña sin techo. *Espera. Era una sin techo.* Me tragué el nudo que tenía en la garganta.

La mano de la mujer tembló mientras la retiraba.

—No tienes que cogerlo. Si cambias de...

—Espere —dije con voz ronca, asombrándome por el sonido de mi propia voz. Me aclaré la garganta mientras sentía arder las mejillas—. Lo cogeré. Gra... Gracias.

Mis dedos parecían sucios al lado de los suyos, a pesar de habérmelos frotado bien en el baño del motel. Volví a agradecerse, pero ya había vuelto a su sitio. Me quedé mirando el paquete de galletas, sintiendo una tensión en el pecho y la mandíbula. Una vez leí en algún sitio que eso era síntoma de un ataque al corazón, pero dudé de que fuese lo que me pasaba a mí.

Cerrando los ojos, rasgué el paquete, comí tan rápido que no pude ni saborear nada. Y luego, de nuevo, me fue difícil saborear lo primero que comí en días porque las lágrimas me cerraban la garganta.

Capítulo 9

En la escala en Orlando, tuve unas cuantas horas para intentar asearme y coger algo de comida. Cuando el baño se quedó libre y no parecía que nadie fuese a entrar, cerré la puerta y me acerqué al lavabo. Me era difícil mirarme al espejo, así que evité hacerlo. Me quité la camiseta, aguantando un gemido de dolor cuando me tiraron los músculos. Elegí ignorar el hecho de que estaba dándome un baño en un aseo público, cogí un puñado de toallitas marrones y ásperas que seguramente me iban a rajar toda la piel. Las humedecí y usé jabón normal para limpiarme tan rápido como pude. Moratones oscuros marcaban mi piel desde el sujetador hasta la cadera. Los arañazos en la espalda —que me hice al salir por la ventana de la habitación de mi madre— no estaban tan mal como pensaba.

Al parecer, no estaba tan fastidiada.

Pude sacar una botella de agua y unas patatas de una máquina expendedora antes de montarme en el siguiente autobús. Ver que el conductor era notablemente más joven me hizo sentir más aliviada, ya que empezaba a oscurecer. El autobús estaba más lleno que el de Miami, y fui incapaz de volverme a dormir. Simplemente me senté y miré por la ventana, pasando los dedos por el borde de la pala. Mi cerebro desconectó al acabar la bolsa de patatas y acabé mirando al chaval de unas filas por delante. Tenía un iPod, y me daba envidia. Realmente no pensé en nada durante las siguientes cinco horas o así.

Serían las dos de la mañana cuando nos bajamos en Atlanta, llegando antes de lo previsto. El aire de Georgia era tan húmedo como el de Florida, pero había cierto olor a lluvia. La estación estaba en una especie de polígono industrial rodeado de campos y naves olvidadas hacía tiempo. Parecía que estábamos en las afueras de Atlanta, porque el fuerte brillo de las luces de la ciudad se veía unos cuantos kilómetros más allá.

Rotándome el dolorido cuello, fui hacia la estación. Algunas personas tenían coches esperándoles. Vi como el chaval se apresuraba hacia un sedán y un hombre de mediana edad, al que se le veía cansado pero feliz, salió del coche y le abrazó. Antes de que el corazón se me encogiese de nuevo, me di la vuelta

para buscar otra máquina expendedora que asaltar.

Me tomó unos cuantos minutos encontrarla, no como en Orlando. Estas estaban al final de todo, al lado de los baños, bastante asquerosos por cierto. Saqué el fajo de billetes y separé algunos de uno de los de cien.

Un leve sonido, como unos pantalones arrastrando por el suelo, llamó mi atención. Miré por encima del hombro, escudriñando el escasamente iluminado pasillo. Al fondo, podía ver el ventanal de la sala de espera. Me quedé bien quieta para escuchar mejor durante unos momentos antes de ignorar el sonido, y después volví a la máquina, cogiendo otra botella de agua y *otra* bolsa de patatas.

La idea de pasar sentada las próximas horas me dio ganas de romper algo, así que cogí mis escasos bienes y volví fuera. Me gustaba el olor húmedo del aire y la idea de mojarme por la lluvia no estaba tan mal. Sería como una ducha natural, por así decirlo. Mordiendo las patatas y haciéndolas crujir, di una vuelta por la estación y la zona de descanso, llena de camioneros. Ninguno me silbó ni me piropeó cuando pasé a su lado.

Digamos que arruinó la imagen que tenía de ellos.

Al otro lado de la zona de descanso había algunas fábricas más. Parecían sacadas de algún programa de televisión de casas encantadas —con las ventanas rotas o cerradas con tablas, hierbas saliendo del suelo agrietado, y hiedra trepando por las paredes—. Antes de que Matt decidiese que yo era un bicho rarísimo, habíamos estado en una de esas casas encantadas de feria. Ahora que lo pensaba, debería haber sabido que era un gallina. Gritó como una nena cuando un tío salió al final y nos persiguió con una sierra mecánica.

Sonriendo, seguí un estrecho camino por el área de descanso y tiré la botella vacía y la bolsa en una papelería. El cielo estaba lleno de nubes pesadas y el ronroneo ensordecedor de los motores de los camiones era, de algún extraño modo, reconfortante. En cuatro horas estaría en Nashville. Cuatro más y encontraría...

El ruido de cristales rompiéndose me asustó. Sentí latir el corazón en la garganta. Me di la vuelta, esperando encontrar toda una horda de daimons frente a mí. En vez de eso había dos chicos jóvenes. Uno había tirado una piedra a la ventana de un edificio.

Qué rebeldes, pensé.

Quité la mano de donde había metido la pala en el pantalón, estudiándolos. Uno de ellos llevaba un gorro rojo... en mayo. Me pregunté si habría algún tipo de clima extraño del que no sabía nada. Pasé la mirada hacia su compañero, cuyos ojos no dejaban de saltar de su compañero a mí.

Aquello me puso nerviosa.

El chico del gorro sonrió. La camiseta blancuzca que llevaba colgaba en su huesudo cuerpo. No parecía que tomara las tres comidas del día.

Y su amigo tampoco.

—¿Qué tal?

Me mordí el labio.

—Bien. ¿Y vosotros?

Su amigo dio una risotada aguda.

—Estamos guay.

El estómago se me empezó a cerrar. Dando un profundo respiro, comencé a apartarme de ellos.

—Bueno... tengo que coger un autobús.

Risitas echó una mirada rápida al chico-del-gorro, y leches, el del gorro lo entendió. En menos de un segundo, estaba frente a mí y sujetaba un cuchillo contra mi garganta.

—Te vimos con dinero en las máquinas —dijo el del gorro—, y lo queremos.

Casi no podía creerlo. Encima, me estaban robando.

Era oficial, los dioses me odiaban.

Y yo les odiaba a ellos.

Capítulo 10

Asombrada y sin poder creerlo, levanté las manos sobre la cabeza y eché el aire lentamente.

El que *no llevaba* el cuchillo increpó a su compañero.

—Tío, ¿qué estás haciendo? ¿Por qué has sacado un cuchillo? Solo es una chica. No va a pelear con nosotros.

—Cállate. Aquí mando yo —el del gorro me agarró el brazo mientras me miraba lascivamente a la cara, apretando la punta del cuchillo contra mi barbilla.

—¡Esto no forma parte del plan! —discutió el que no parecía querer apuñalarme. Clavé mi mirada esperanzada en él, pero él no le quitaba ojo a su compañero, abriendo y cerrando las manos.

Genial, pensé, me están robando criminales desorganizados. Alguien va a acabar apuñalado y probablemente voy a ser yo. En lugar de miedo, sentí una punzada de enfado. No tenía tiempo para aquella estupidez. Tenía un autobús que coger y una vida que reclamar.

—Te vimos cogiendo comida —bajó la punta del cuchillo por mi garganta—. Sabemos que tienes dinero. Todo un fajo de billetes, ¿verdad, John? Seguro que lo peta pescar tanto dinero.

Quería darme una patada en la cara. Tenía que haber tenido más cuidado. No podía sacar un fajo de billetes y esperar que no me robasen. ¿Sobrevivir al ataque de un daimon para acabar con la garganta rajada por unos pocos cientos de dólares?

Mierda, la gente daba asco.

—¿Me has oído?

Entrecerré los ojos, estaba como a cinco segundos de perder los estribos.

—Sí, te he oído.

Clavó sus dedos en mi piel.

—¡Entonces danos el maldito dinero!

—Vas a tener que cogerlo tú mismo —miré a su amigo—. Y te reto a que lo hagas.

El del gorro se movió hacia John.

—Sácale el dinero del bolsillo.

Los ojos de su compañero fueron saltando de su amigo a mí. Esperé que se negase, porque iba a arrepentirse mucho si no lo hacía. Ese fajo de billetes era todo lo que tenía. Tenía ahí el billete para el próximo autobús. Nadie iba a quitármelo.

—¿Qué bolsillo? —me preguntó el que me sujetaba. Al no contestar, me zarandeó, y ya no pude más.

Había activado mi modo zorra y, bueno, mi instinto de supervivencia se tiró por la ventana. Todo —*todo* lo sucedido hirvió en mi interior y explotó—. ¿Aquellos aprendices de malote pensaban que les tenía miedo? ¿Después de todo lo que había visto? Mi universo se volvió rojo. Iba a reventarles.

Me reí en la cara del chico del gorro.

Cabreado por mi respuesta, bajó medio centímetro el cuchillo.

—¿Va en serio? —Liberé mi brazo de un tirón y le quité el cuchillo de las manos—. ¿Vas a robarme? —le apunté con el cuchillo, medio tentada de pincharle—. ¿A mí?

—Wow —John se echó atrás.

—Exacto —moví el cuchillo hacia los lados—. Si queréis que...

Un escalofrío me recorrió toda la espalda, helado y premonitorio. Noté una sensación innata y cada fibra de mi ser gritaba en advertencia. Fue lo mismo que sentí antes de ver al daimon desde el balcón. El miedo me agujereó el pecho.

No. No pueden estar aquí. No pueden.

Pero sabía que sí. Los daimons me habían encontrado. Lo que no me cabía en la cabeza era *por qué* lo habían hecho. Solo era una maldita mestiza. Para ellos no servía ni de aperitivo. Peor aún, era como comida china, estarían ansiosos por más éter en unas horas. Estarían invirtiendo mejor su tiempo cazando puros. No a mí. No a una mestiza.

Al verme distraída, el del gorro cogió ventaja. Se echó hacia delante, cogiendo y torciéndome el brazo hasta que dejé caer el cuchillo en su mano.

—Zorra estúpida —me siseó a la cara.

Lo empujé con mi brazo libre mientras escrutaba la zona.

—¡Tenéis que iros! ¡Tenéis que marcharos ahora!

El del gorro me volvió a empujar y me tambaleé a un lado.

—Ya estoy harto. ¡Danos el dinero o...!

Recuperé el equilibrio, dándome cuenta de que estos dos eran demasiado estúpidos para vivir. Y yo también, por seguir ahí intentando convencerles.

—No lo entendéis. Tenéis que marcharos ahora. ¡Están aquí!

—¿De qué habla? —John se dio la vuelta y miró hacia la oscuridad—. ¿Quién viene? Red, creo que tendríamos que...

—Cállate —dijo Red. La luz de la luna se escapó de entre las nubes, haciendo brillar la hoja con la que apuntaba a su amigo—. Solo intenta asustarnos.

Parte de mí quería irse de allí y dejarlos con lo que sabía que iba a llegar, pero no podía. Eran mortales —mortales totalmente estúpidos que me habían apuntado con un cuchillo—, pero de ninguna forma merecían la muerte que les esperaba. Habiendo intentado robarme o no, no podía dejar que ocurriese.

—Las cosas que vienen van a mataros. No estoy intent...

—¡Cállate! —gritó Red, acercándose a mí. De nuevo tenía el cuchillo en la garganta—. ¡Tú calla!

Miré a John, el más cuerdo de los dos.

—Por favor. ¡Tienes que escucharme! Tienes que irte, y tienes que hacer que tu amigo se vaya también. Ahora.

—Ni lo pienses, John —le advirtió Red—. ¡Ahora ven aquí y coge el dinero!

Desesperada por sacarles de allí, metí la mano en el bolsillo y saqué el fajo de billetes. Sin pensarlo, se lo tiré a Red al pecho.

—¡Aquí! ¡Cógelo! ¡Cógelo y marchaos mientras podáis! ¡Vamos!

Red miró abajo, boquiabierto.

—Pero qué...

Una fría y arrogante risa me heló la sangre en las venas. Red dio unas vueltas, escudriñando la oscuridad. Parecía casi como si el daimon se hubiese materializado de las sombras, porque aquel lugar, hacía un segundo, estaba vacío. Estaba a unos metros del edificio, con la cabeza ladeada y su horrible cara torcida en una espantosa sonrisa. Para los chicos, no parecía más que un ejecutivo con vaqueros de GAP y un polo...

Un objetivo fácil.

Le reconocí como el daimon al que había atizado con una lámpara.

—¿Es este? —John miró a Red, visiblemente aliviado—. Tío, esta noche nos ha tocado la lotería.

—Corred —les apremié en voz baja, llevando atrás el brazo y envolviendo con los dedos el mango de la pala—. Corred tan rápido como podáis.

Red miró hacia mí por encima del hombro, riéndose por lo bajo.

—¿Es este tu chulo?

Ni siquiera pude responder. Estaba atenta al daimon, con el corazón a mil, mientras él daba un lento paso adelante. Algo le pasaba al daimon. Estaba... demasiado tranquilo. Cuando la magia elemental tomó su sitio, vi aparecer la diversión en sus rasgos.

Entonces, cuando estaba casi segura de no poder tener una semana más asquerosa, un segundo daimon salió de las sombras... y detrás había otro daimon.

Estaba muy jodida.

Capítulo 11

Aún tenía la mano levantada, agarrando los cuatrocientos veinticinco dólares y el billete del autobús. Quizá fue la impresión la que me dejó en aquella posición. Mi cerebro rápidamente repasó las lecciones del Covenant, las que nos enseñaban sobre pura sangre que habían probado el éter y se habían pasado al lado oscuro.

Lección número uno: no trabajan bien en equipo.

Falso.

Lección número dos: no viajan en manada.

Falso también.

Lección número tres: no comparten la comida.

Falso también.

Y lección número cuatro: no cazan mestizos.

Iba a pegarle una buena patada al Instructor del Covenant si lograba salir de allí con vida...

John dio un paso atrás.

—Hay demasiada gente en este...

El primer daimon levantó la mano y una rápida corriente de aire llegó desde el campo detrás del trío. Salió disparado por el camino de tierra, le dio a John en el pecho y lo mandó volando por los aires. John golpeó el final del área de descanso, su grito de sorpresa paró de inmediato con el chasquido de sus huesos al romperse. Cayó en los arbustos como un bulto oscuro sin vida.

Red trató de moverse, pero el viento seguía viniendo. Lo empujó hacia atrás y me hizo bajar el brazo. Era como estar en medio de un tornado invisible. Billetes de cien dólares, algunos de uno, y mi billete de autobús salieron volando, arrastrados por el viento. Se abrió un agujero en mi pecho cuando vi cómo se los llevaba cada vez más lejos. Era como si los daimons supiesen que sin aquello estaba atrapada. Completa y horriblemente atrapada.

Lección número cinco: Aún podían controlar los elementos.

Al menos los Instructores del Covenant habían acertado una.

—¿Qué está pasando? —Red se echó atrás, tambaleándose sobre sí mismo—.

¿Qué demonios está pasando?

—Que vas a morir —dijo el daimon con los vaqueros de GAP—. Eso es lo que está pasando.

Alargué el brazo, cogiendo el brazo tembloroso de Red.

—¡Venga! ¡Tienes que correr!

El miedo lo dejé paralizado donde estaba. Le tiré del brazo hasta que se dio la vuelta. Entonces salimos corriendo, yo y el tío que momentos antes estaba sujetando un cuchillo sobre mi garganta. Una risa desafinada nos siguió cuando nuestros pies salieron del camino y comenzaron a correr sobre la hierba.

—¡Corre! —grité, forzando mis piernas hasta que me ardían—. ¡Corre! ¡CORRE!

Red era mucho más lento que yo y se caía —*mucho*—. Por un momento pensé en dejarle allí para poder arreglármelas, pero mi madre no me había educado así. Ni el Covenant tampoco. Lo levanté, medio arrastrándolo por el campo. Solo soltaba balbuceos incoherentes. Estaba rezando y llorando —sollozando más bien—. Un relámpago brilló sobre nuestras cabezas y el ruido de un trueno nos asustó a los dos. Otro relámpago partió el oscuro cielo.

A través de la niebla que comenzaba a extenderse por el campo, pude reconocer las formas de más naves tras un grupo de arcos. Teníamos que llegar hasta allí. Podíamos perderlos, o al menos podíamos intentarlo. Cualquier sitio era mejor que estar al aire libre. Me esforcé más —tiré con más fuerza de Red—. Los zapatos se nos enganchaban en los enredados hierbajos y me dolía el pecho, los músculos de mi brazo luchaban por mantener a Red en pie.

—Muévete —mascullé cuando llegamos bajo el enramado de los árboles, corriendo hacia la derecha. Parecía mejor que correr en línea recta—. Sigue moviéndote.

Red finalmente recuperó el paso algo por detrás. El gorro se le había caído, mostrando una cabeza llena de gruesas rastas. Rodeamos un árbol, tropezándonos con las gruesas raíces y matorrales. Las ramas bajas nos golpeaban y nos rasgaban la ropa. Pero seguíamos corriendo.

—¿Qué... qué son? —preguntó Red casi sin aliento.

—Muerte —le dije, sin saber una forma mejor de describirselos a un mortal. Red soltó un quejido. Creo que sabía que no estaba bromeando.

Entonces, salí de la nada, golpeándonos con la fuerza de un tren de mercancías. Yo fui la primera en caer al suelo, mordiéndome polvo y arena. De alguna manera seguía teniendo a salvo la pala y rodé sobre mí misma, rezando porque hubiésemos sido atacados por un simple minotauro o un chupacabras. Ahora mismo cualquiera de los dos eran mejores que la alternativa.

No tuve tanta suerte.

Miré hacia el daimon mientras cogía a Red y lo sujetaba varios metros sobre el suelo con solo una mano. Red gritó salvajemente cuando el daimon sonrió,

aunque él no vio las filas de afilados dientes que yo veía. Llena de pánico y terror, me levanté y corrí hacia el daimon.

Antes de que pudiese llegar a ellos, el daimon echó atrás el brazo que tenía libre y una ráfaga de llamas acompañó su mano. El fuego elemental ardió con un brillo poco natural, pero los agujeros de sus cuencas permanecieron oscuros. Mostrándose indiferente al horror que se veía en la cara de Red y a sus gritos aterrados, el daimon puso su mano sobre la mejilla de Red. El fuego salió de la mano del daimon, tragándose la cara y cuerpo de Red en cuestión de segundos. Red chilló hasta que su voz se esfumó, cuando su cuerpo no era más que llamas.

El daimon tiró el cadáver de Red al suelo. En el momento en que sus manos soltaron el cuerpo, las llamas desaparecieron. Se volvió hacia mí y rio mientras la magia elemental cubría su verdadera forma.

Mi cerebro se negaba a aceptar la realidad. No era el daimon de Miami ni el que habló en el área de descanso. Un cuarto. Había cuatro de ellos —*cuatro daimons*—. El pánico me atrapó con sus frías y afiladas garras. Mi corazón latía con fuerza mientras retrocedía, sintiendo una fría desesperación dentro de mí. Me di la vuelta y lo encontré, ahora delante de mí. Me di cuenta de que nada se movía tan rápido como un daimon. Ni siquiera yo.

Me guiñó un ojo.

Rápidamente me hice a un lado, pero imitó mis movimientos. Ensombrecía cada paso que daba y se reía ante mis patéticos intentos de escaparme. Entonces se quedó quieto, dejando caer las manos de forma inofensiva.

—Pobre pequeña mestiza, no puedes hacer nada. No puedes escapar de nosotros.

Agarré el mango de la pala, incapaz de hablar mientras él daba un paso a un lado.

—Corre, mestiza —el daimon inclinó la cabeza hacia mí—. Disfrutaré de la persecución. Y una vez te atrape, ni los dioses podrán parar lo que te haré. ¡Corre!

Despegué. Daba igual cuánto aire entrase en mis pulmones al correr, parecía que no podía respirar. En todo lo que podía pensar mientras las ramas me arrancaban mechones de pelo era en que no quería morir así. Así no. Oh, dioses, así no.

El suelo se hizo irregular; cada paso que daba mandaba una punzada de dolor desde mi pierna hasta las caderas. Escapé de los árboles mientras un trueno ahogaba todos los sonidos, excepto el de la sangre bombeando en mis sienes. Al ver la silueta de las naves, forcé más mis doloridos músculos. Mis deportivas dejaron atrás la tierra cubierta de hierba y comenzaron a pisar sobre una fina capa de gravilla. Fui como una flecha entre los edificios, sabiendo que, allá donde fuese, quizá estuviese unos pocos momentos a salvo.

Uno de los edificios, el más alejado del bosque, tenía varios pisos, mientras

que el resto, en comparación, parecían rechonchos. Las ventanas del piso inferior no estaban rotas ni con tablas. Fui algo más despacio, mirando por encima de mi hombro antes de intentar abrir la puerta. Le di una patada a la manilla agarrada por el óxido, y la madera de alrededor se rompió y cedió. Me metí dentro y cerré la puerta tras de mí.

Mis ojos recorrieron el oscuro interior, buscando algo con lo que asegurar la puerta. Tardé algunos segundos en acostumbrar mis ojos, y cuando lo hicieron, pude reconocer formas de bancos de trabajo abandonados, prensas y unas escaleras. Intenté impedir que mis dedos temblasen mientras volvía a guardarme la pala en los pantalones. Cogí uno de los bancos y lo puse contra la puerta. El chirrido que hizo me recordó demasiado al aullido de un daimon, y parece que también hizo que algo saliese corriendo hacia las sombras. Una vez asegurada la puerta, corrí hacia las escaleras. Crujieron y cedieron bajo mi paso mientras las subía de dos en dos, agarrándome con seguridad a la barandilla de metal. En el tercer piso fui derecha a una habitación llena de ventanas, con bancos olvidados y cajas aplastadas. De repente me di cuenta de algo alarmante mientras miraba por la ventana, barriendo con la mirada en busca de daimons.

Si no lograba llegar hasta Nashville —si moría aquella noche— nadie se enteraría. No me echarían de menos y a nadie le importaría. Mi cara ni siquiera parecería en la parte de atrás de un brick de leche.

Me puse como una loca.

Salí de la habitación y seguí subiendo por las escaleras hasta llegar al piso superior. Corrí por el oscuro pasillo, ignorando los chirridos. Abrí la puerta y salí al tejado. La tormenta continuaba violentamente, como si se hubiese convertido en parte de mí. Un relámpago cruzó el cielo, y el crujido de un trueno vibró por mis entrañas, burlándose del huracán de emociones que tenía dentro.

Acercándome al borde del tejado, miré atentamente entre la niebla. Mis ojos escrutaron cada centímetro del bosque cercano y los sitios donde acababa de estar. Como no vi nada, fui a cada uno de los demás lados e hice lo mismo.

Los daimons no me habían seguido.

Quizá en lugar de eso estaban jugando conmigo, haciéndome creer que, de algún modo, les había despistado. Sabía que podían seguir allí fuera, jugando conmigo como un gato con un ratón antes de saltar y abrir en canal al pobre bicho.

Volví al centro del tejado, el viento me pasaba el pelo por la cara. Un relámpago brilló sobre mí, proyectando mi alargada sombra por todo el tejado. Olas de dolor rompían contra mí, mezcladas con enfado y frustración. Cada ola me cortaba desde el interior, dejando heridas abiertas que nunca llegarían a curarse. Me incliné, tapándome la boca con ambas manos y grité justo cuando el rayo cruzó por las oscuras nubes.

—Esto no es así —mi voz era un susurro ronco—. Esto no puede ser así.

Me incorporé, tragando el nudo ardiendo de mi garganta.

—Que os den. ¡Que os den a todos! No voy a morir así. ¡No en este estado, no en esta estúpida ciudad y por supuesto que no en este montón de mierda!

Una enorme determinación —ardiente y llena de furia— me ardió por las venas mientras volvía a bajar por las escaleras hacia la habitación de los ventanales. Me dejé caer sobre un montón de cajas aplastadas. Encogiendo las piernas hacia el pecho, apoyé la cabeza contra la pared. El polvo me cubrió mi húmeda piel y la ropa, quitando la mayoría de la humedad.

Hice lo único que podía, porque aquel no podía ser mi final. Sin dinero ni billete de autobús, quizá me quedase atrapada allí por un tiempo, pero no era así como iba a salir de allí. Me negué siquiera contemplar la posibilidad. Cerré los ojos, sabía que no me podía esconder allí para siempre.

Recorrí con mis dedos el borde de la hoja, preparándome para lo que tendría que hacer cuando viniesen los daimons. No podía correr más. Eso era. El sonido de la tormenta se desvaneció, dejando una humedad pegajosa y, en la distancia, podía oír el estruendo de los camiones pasando en la noche. La vida continuaba fuera de estas paredes. No podía ser mucho más diferente dentro de ellas.

Voy a sobrevivir.



JENNIFER L. ARMENTROUT. Nació en Martinsburg, Virginia Occidental en 1980.

Jennifer L. Armentrout es una escritora estadounidense. Vive en Virginia Occidental (EEUU) con su marido, oficial de policía, y sus perros.

Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe.

Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, durante las cuáles pasaba el tiempo escribiendo historias cortas, lo que explica sus pésimas notas en matemáticas. Jennifer escribe fantasía urbana y romántica para adultos y jóvenes. Publica también bajo el seudónimo de J. Lynn.